

NIÑOS DE LA BIBLIA.



REBECA DANDO DE BEBER Á ELIEZER.

IV.

REBECA.

En una tarde de verano hermosa y serena, cuando ya el disco del sol iba declinando hacia el poniente, llegó á las inmediaciones de la pequeña ciudad de Haram, situada en las llanuras fértiles de Mesopotamia, una caravana compuesta de diez camellos, cubiertos con tapetes de vistosos colores y dirigidos por esclavos jóvenes, mandados por un personaje de mayor edad y de mas suntuosotrage. Habia sido el dia
Julio de 1847.

en estremo caluroso, lo que unido á la larga jornada y al árido territorio que habian recorrido los viajeros y los camellos, tenia á unos y á otros rendidos de cansancio y sofocados por el calor.

Eliecer, criado principal de Abraham y gefe de aquella caravana, hizo arrodillar á los camellos para que descansasen, junto á un pozo de aguas cristalinas que habia antes de penetrar en la ciudad, y atento al objeto que allí le traia, levantó su corazon á Dios, diciendo:

—Señor Dios de Abraham y de Isaac, mis amos, usad de misericordia con ellos y favorecedme en este momento.

Ya estoy junto al manantial adonde no tardarán en venir á coger agua las doncellas, hijas de los moradores de Haram. Dadme á conocer la que destinaís para esposa de mi amo Isaac, en aquella jóven caritativa y afable, que no solo me dé agua para beber, sino que tambien la eche para que los camellos beban. En esto tendré una prueba de vuestra bondad y misericordia con mis señores.

Porque Abraham, que ya era muy viejo y que deseaba ver casado á su hijo Isaac, antes que llegase el fin de sus dias, habia llamado á Eliecer, que era el de mas autoridad entre todos los criados de su casa, y le habia enviado á Mesopotamia á buscar esposa digna para su querido Isaac.

—Júrame, le habia dicho, por el Señor de cielos y tierra, que no tomarás esposa para mi hijo entre las mugeres de el pais de Canaan, sino que irás á buscarla á Mesopotamia, allí donde yo nací y allí donde estan mis parientes.

—¿Mas si no hallare muger para nuestro hijo ó no quisiese venir á este pais, acaso Isaac habrá de volver á Caldea?

—De ningún modo: el Señor del cielo que me mandó dejar la casa de mis padres y el pais en que nací, que ha prometido dar á mi descendencia toda esta tierra en que habito, ese dirigirá tu camino y te hará escoger digna esposa para mi hijo.

Era por tanto asunto de la mayor importancia para Eliecer cumplir la voluntad y satisfacer todos los deseos de su amo, y esto, no precisamente por el juramento que habia prestado, sino por el entrañable y respetuoso afecto que le tenia. No bien habia este leal servidor concluido su plegaria á vista de las casas de Haram, cuando levantando la cabeza, vió venir hácia donde él estaba varias jóvenes del pueblo con los cántaros que habian de llenar de agua en la cisterna. Deseollaba entre todas ellas una que por sus bellas formas y hermoso semblante prevenia desde luego en su favor. Eliecer, despues de haber observado todos sus movimientos, así que la vió en actitud de volverse con el cántaro lleno, salió á su encuentro, diciéndola:

—¿Me das á beber un poquito de agua de tu cántaro?

—Bebe, señor mio.

Así contestó ella, y con tanta rapidez como gracia, dejó caer el cántaro sobre su brazo, para que inclinado de esta manera, bebiese Eliecer con mas comodidad. Apenas hubo este bebido, cuando la hermosa jóven, como adivinando sus deseos le dijo:

—Tambien sacaré agua para que beban todos tus camellos.

Mientras la jovencita ejecutaba todo esto, Eliecer no se cansaba de contemplarla. La blancura de su rostro y sus hermosas facciones estaban admirablemente realizadas por dos gruesas trenzas de pelo negro, y las puntas con fleco de un lienzo que llevaba en la cabeza arrollado graciosamente á manera de turbante. Cubria su cuerpo una sencilla túnica abierta por los costados hasta la rodilla, sujeta por la cintura y por los hombros, pero dejando enteramente desnudos sus torneados brazos. Mas que nada embelesaba á Eliecer aquel candor y aquella pureza que la jóven revelaba, y su afabilidad y agasajo, que eran indicio seguro de su buen corazon y del bellísimo carácter con que Dios la habia dotado.

Despues que los camellos hubieron bebido en las canales que junto al pozo habia preparadas para el ganado, y antes de que la jóven se despidiese, tomó Eliecer unos pendientes y unos brazaletes de oro, de un cofrecillo que llevaba preparado y se los ofreció á la jóven, no solo como testimonio de gratitud, sino como anuncio de cuáles eran sus sentimientos respecto de ella. Informóse en seguida de su nombre y familia á lo que la muchacha respondió:

—Me llamo Rebeca. Soy hija de Bael, hijo de Nachor y hermano de Abraham.

Apenas Eliecer escuchó estas, para él tan felices nuevas, cuando se inclinó diciendo:

—Bendito seáis vos, señor Dios de Abraham, que habeis usado de misericordia con él y me habeis conducido via recta á casa de su hermano.

Despues volviéndose á Rebeca, preguntó:

—¿Hay en casa de tu padre lugar suficiente para hospedarnos y capacidad para el ganado?

—Hay sitio espacioso para todos y heno y paja abundante para el ganado. En seguida cogió su cántaro y cual si quisiera adelantarse al extranjero ó avisar en su casa de su venida, se dirigió hacia ella tan gozosa como apresurada.

Había efectivamente en casa de Batuel, padre de Rebeca, espacio suficiente para alojar á los huéspedes y abundancia de medios para agasajarlos, como que Batuel era el hombre mas rico de todo el pais. Esto no era un obstáculo para que Rebeca fuese por agua á la fuente y se ocupase en todas aquellas faenas domésticas que de ningún modo eran incompatibles con la gerarquía social de los antiguos patriarcas. Todo al contrario, la mas grata y honrosa ocupacion de Rebeca y otras jovencitas de su edad, era dar de comer á los corderos, á las cabras, y á los camellos recién nacidos, ordeñar las ovejas, componer las túnicas de lana que servían de vestido, asistir á los enfermos, y ayudar en fin á su madre en todos los cuidados de la casa, siendo el mayor esmero que en este cuidado ponían, antes que los cuantiosos bienes, el mejor título de recomendacion que podían presentar á su futuro esposo.

Toda la familia de Rebeca se hallaba reunida, terminadas las faenas del día, disfrutando algun descanso en los pozos de piedra que había bajo el frondoso emparrado que cubría la puerta de entrada. La vista de los brazaletes y pendientes que traía la muchacha y todo lo que refería acerca del encuentro que había tenido, causaron no poca admiracion á los padres de Rebeca; pero Laban, hermano de esta, así que escuchó lo que el extranjero solicitaba, fué corriendo en busca suya y encontrándole junto á la misma cisterna, donde había hecho alto con sus camellos, le dijo:

—Bien venido seas, bendito del Señor. ¿Por qué permaneces ahí afuera? Entra, que preparada está la casa para tí y para los que vienen contigo.

Inmediatamente introdujo á los huéspedes

en casa, dando sus disposiciones para que se alojasen cómodamente, para que nada faltase ni á los esclavos ni á los camellos, y cuidando de que se llevase agua para lavarse los pies á Eliecer y á los varones que con él venían, según era costumbre hacerlo con todos los caminantes. Entretanto Rebeca y su madre estaban preparando un banquete extraordinario. Todo el suelo del aposento en que había de celebrarse, estaba cubierto de aromáticas yerbecillas que perfumaban suavemente la estancia. Sobre la anchurosa mesa se ostentaban panes recientes y blancos como la nieve, copas llenas de vinos saludables, anchurosos platos en que humeaban las delicadas carnes de los mejores corderillos y terneros del rebaño, leche, queso, frutas, pasas y dátiles curados al sol, y las tortas de almendras y miel hechas por mano de Rebeca.

Mas cuando condujeron á Eliecer ante la mesa del festín, exclamó, levantando los ojos al cielo:

—No probaré bocado alguno hasta que haya espuesto el motivo que aquí me trae: y si Dios que ha dirigido mis pasos, quiere completar su obra para bien de Abraham y de Isaac, mis señores.

Dirigiéndose entonces á los padres de Rebeca y á Laban su hermano, que como el mayor era de mucha autoridad en la casa, les refirió el mandato de Abraham y todo cuanto le había sucedido en el camino, concluyendo por pedirles á Rebeca para esposa de Isaac, hijo de su señor.

—Dios habla por tu boca, contestaron Batuel y Laban, y nada tenemos que replicar. Abi tienes á Rebeca delante de tí, y si su voluntad está conforme con la nuestra, llévatela para esposa de tu señor. —¿Quieres ir con ese hombre, dijeron á Rebeca, para ser esposa de Isaac su amo?

—Iré gustosa, contestó la doncella, dando bien á entender lo satisfactoria que le era la propuesta.

Celebróse en seguida el convite con la mayor cordialidad y alegría, haciendo Eliecer que los esclavos acudiesen á los camellos, y trajesen los regalos que Isaac ofrecía á su futura, entre los que figuraban vasos de oro

y de plata, y túnicas de vistosos colores que llamaron mucho la atención de Rebeca y de sus doncellas, por que estaban teñidas con el jugo de algunas plantas, y por un medio todavía desconocido en aquel país.

Todo fué regocijo hasta el momento en que Eliecer anunció su partida, pues la madre y hermanos de Rebeca, no quisieran separarse de ella tan pronto; pero insistiendo Eliecer por regresar el lado de su señor, le entregaron aquella jóven que era objeto de todo su cariño, diciendo:

—Ahí está Rebeca, nuestra joya mas preciosa, la que hacía reinar en nuestra casa la actividad y la economía. Hágase conforme el Señor lo desea, y ójala que con ella, entre la felicidad en casa de su esposo.

Ademas de Rebeca iban en la caravana, su nodriza que no habia querido nunca separarse de ella, y algunas doncellas criadas suyas, á quienes la jóven esposa tenia especial cariño.

Isaac que impaciente salia todas las tardes á una pequeña eminencia desde la que podia descubrir á los viajeros en su regreso, distinguió al fin un día á sus criados, á los camellos y á las mugeres que sobre ellos venian. Habia tenido Rebeca la precaucion de cubrirse con un velo así que la dijeron que Isaac era el que se acercaba, y nada es comparable á la sorpresa de Isaac al recibir á aquella pudorosa virgen y al sentimiento de felicidad que hizo palpar vivamente su corazon, cuando levantando ella el velo que la cubria, vió tanta hermosura y tanto candor en la que habia de ser su compañera. Ella fué la delicia de toda su vida, la que disipó la tristeza que obscurecia su frente, y la que ahuyentó la angustia que devoraba su corazon desde que Sara, su querida madre, habia dejado de existir.

Isaac, enagenado de júbilo, cogió á su esposa de la mano; y ambos fueron á hincarse de rodillas ante su padre Abraham, por cuyas venerables mejillas corrían entonces lágrimas de gozo y que rejuvenecido á vista de los que eran toda la esperanza de su vejez, se levantó para recibir á Rebeca, diciendo:

—Bien venida seas, jóven del país de

mis padres, tú que vienes para consolar y hacer feliz á mi hijo.

Despues estendiendosus manos sobre los jóvenes arrodillados á sus pies, exclamó solemnemente:

Benditos seais vosotros, hijos míos. La mano del Señor os colme de beneficios, á vosotros y á los hijos de vuestros hijos.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

Parte tu pan con el hambriento y hospeda en tu casa al que no tiene asilo: cuando veas un hombre desnudo no desprecies á tu propia carne.

Isaias.

El que desoye los gritos del pobre, clamará y no será escuchado.

Salomon.

Quando des limosnas que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha.

Evangelio.

Compadece á los pobres que se impacientan y encolerizan. Ten presente que es muy triste para un desgraciado que sufre mil calamidades en un camino, ver pasar junto á él personas perfectamente equipadas y alimentadas.

Silvio Pellico.

Hombre decidor, hombre de mal carácter.

Pascal.

CONCIENCIA. La conciencia es el mejor libro de moral que tenemos, y el que mas debemos consultar.

Idem.

CLEMENCIA. Si tu enemigo tiene hambre dale de comer: si tiene sed dale de beber.

No hay desigualdad peor que la del corazon.

Hfohmat.

LUISA Y PABLO

O

EL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR JENNER.

NOVELA ALEMANA.

CAPITULO IX.

GRANDEZA DE ALMA.

Al lavarse Luisa la mañana siguiente como tenía de costumbre, se la renovaron las heridas de los dedos, que por la noche se habían castrado algún tanto, y soltaron mucha sangre. Cuando se puso á ordeñar sintió los mas vivos dolores, pero sacando fuerzas de flaqueza continuó su tarea, aunque con muchísimo trabajo. Y si no hubiese sido mas que eso, hubiese podido darse por contenta, pues como dice el refrán, bien vengas mal si vienes solo; mas habiendo arrimado su banquito á una vaca, apenas la llegó á la ubre, cuando el animal la asestó una patada contra la mano, ¡Vaya, Pintada! dijo Luisa con extrañeza, ¿no me conoces? por qué me pegas hoy tú que siempre eres tan mansa. Con todo, la Pintada empezaba á cocear de nuevo cada vez que Luisa se arrimaba; de suerte que solo á fuerza de la mayor precaución pudo la niña concluir su trabajo. En seguida se fué á contar á Tomás, lo que había pasado con la Pintada.

—Sí, dijo el labrador, las vacas suelen hacer eso algunas veces. Puede que la Pintada tenga algo malo en la ubre y por eso la duela cuando la tocan, pero ya se la quitará.

—Entonces, dijo Luisa para sí, le pasa al pobre animal lo mismo que á mí con mis dedos, y se volvió al establo á ver si era así. En efecto, Tomás no dejaba de tener razón, pues la vaca se estaba quieta y meneaba la cola apaciblemente

cuando Luisa la acariciaba por el cuerpo, pero así que tocaba á la ubre volvía otra vez á las coces. Examinándola entonces con mas cuidado, vió que tenía en la ubre unos granitos muy encendidos y con un poco de pus.

A la otra vez tuvo Luisa buen cuidado de no tocar la parte enferma de la ubre, y vió con satisfacción que la vaca se dejaba ordeñar sin inquietarse. Sus dedos por el contrario en lugar de curarse fueron cada vez á peor; tanto que á los ocho días no podía coger ni siquiera la pluma para escribir, y tuvo que contentarse con escuchar al maestro en las lecciones. Sin duda habían dicho algo los hijos del barón á su mamá, pues un día habló la baronesa á Luisa en los términos siguientes:

—Oye, Luisa, me han dicho que tienes una mano mala, ¿qué te has hecho en ella?

—Me he caído, y con el golpe me arañé los dedos.

—¡A ver, á ver!

—Luisa se quitó el pañuelo en que llevaba envuelta la mano, y enseñó los dedos.

—Imposible, dijo al instante la baronesa, imposible que eso sea de la caída, mas bien parece una erupción maligna; que acarrea comunmente la falta de limpieza.

Estas palabras, la llegaron al alma á la pobre Luisa, y por poco hubiera contado todo lo ocurrido para que saliese también á relucir la perversidad de Eduardo; pero aun recordó á tiempo el firme propósito que había hecho de ahorrar á sus tios la pesadumbre de ver

que tenían un hijo tan mal eriado, porque les estaba muy agradecida á lo que hacían por ella y por Pablo. Así como así, el castigo de la otra vez solo había servido para hacer á Eduardo mas vengativo. Se hizo pues la cuenta de que vale mas padecer injustamente, que obrar mal, y no dijo ni una palabra.

—Después, la dijo su tia con mucho enfado, ¿porque me has ocultado tanto tiempo lo que tenias? Ha sido una infamia de tu parte, porque era muy fácil que se les pegase á mis hijos, y me parece que ni ellos ni yo te hemos hecho ningun mal. Vete al instante á casa, y no vuelvas á parecer por aqui hasta que no tengas nada en la mano.

Luisa se fué llorando amargamente y abochornada, pero todavía se afligió mas cuando vió que sus primas huían de ella, como si tuviese la peste. Hasta el mismo Eduardo que era el autor de su desdicha escondió las manos y la gritó imperiosamente:—¡Cuidado con llegarte á mí!—Luisa le echó una mirada llena de amargura, que sin duda hubiese bastado para que Eduardo viniesen seconociendo de su perfidia, si hubiese sido mas sensible de lo que era.

—¡Ay, padres míos! exclamaba Luisa sollozando al volver á casa ¡cuanto daria por estar con vosotros! Después fué á buscar un parage solitario debajo de los sauces que habia á la orilla del estanque, y allí dió rienda suelta á su llanto.

Al otro día andaba Eduardo holgazaneando por el lugar, y comiéndose alegremente una porcion de cerezas que llevaba en los bolsillos. Por casualidad se entró en una pradera, en la cual estaba amarrada una vaca, que era la pintada de Tomás, á una estaca clavada en tierra. Al instante le ocurrió á Eduardo la idea de disparar los huesos de las cerezas contra el pacifico animal. La primera vez sacudió la vaca la cabeza dando un bramido; la segunda empezó á azotarse con la cola, la tercera dió un brinco y así fué aumentando por momentos su inquietud. Esto le divertia á Eduardo y como era tan indiferente á todo padecimiento ajeno, siguió atormentando á la vaca hasta que al fin se le acabó á esta la paciencia, y

arrancando con rabia la estaca, á que estaba sujeta se fué hacia su verdugo con la cabeza agachada. Eduardo apretó á correr muy asustado, pero la vaca echó tras él como una furia. Llegaronle á faltar á Eduardo las fuerzas y el aliento para correr, y creyéndose perdido empezó á gritar acongojado ¡socorro! ¡socorro!

Poco faltó para que el animal le cogiese con los cuernos y letirarse al alto, pero Luisa llegó todavía á tiempo, y al instante se puso delante de la vaca gritándola ¡Marcha! Pintada! Esta voz conocida y un latigazo bien sentado, bastaron para que la Pintada se parase y se dejase conducir sin resistencia á la pradera, donde quedó otra vez amarrada. En seguida se fué Luisa á buscar á Eduardo, el cual estaba medio muerto del susto, y le halló metido en un cercado de zarzas, á donde por fin habia logrado refugiarse. Como apenas podia hablar de zozobra y cansancio, no hacia mas que llorar. Al cabo fué saliendo con mucho trabajo de su espinoso escondite, y se echó sollozando en los brazos de Luisa—¡Ay, Luisa, la dijo compungido, tú eres mejor que yo.... me has salvado la vida.... y yo tan inicuo.... El llanto ahogó su voz, pero al cabo de un rato continuó diciendo: perdóname, Luisa.... ay, de muchas cosas tengo que pedirte perdon, pero desde ahora te prometo enmendarme. Jamás olvidaré lo que te debo, y solo quiero que no me desprecies.

Su arrepentimiento, que efectivamente era sincero, eterneció sobremanera á Luisa. A pesar de tener los dedos malos, se puso á sacar á Eduardo las espinas que se habia clavado en las manos. Las tenia llenas de sangre y sentia en ellas tantos dolores como Luisa en la suya.

Desde aquel momento, en que Luisa se portó tan generosamente con Eduardo, cambió este del todo y se hizo su mejor amigo. Era que Luisa habia acumulado brasas sobre la cabeza del ingrato, como dice la Sagrada Escritura. Todos los dias iba Eduardo á ver á Luisa y siempre la llevaba fruta, vizcochos, estampas ú otras cosas. Cuando Luisa no queria admitir sus finezas,

se echaba á llorar amargamente y no cesaba de instarla, hasta que ella le daba gusto. Los dedos de Luisa empezaron á curarse, pero los de Eduardo se pusieron tan malos que tenía que llevar las dos manos entrapajadas.

—Pronto podré volver á la lección, le dijo un día Luisa, pues mis dedos están ya casi buenos.

Eduardo se puso algo inquieto y la dijo.—Mas vale que esperes todavía. Parecía que aun le quedaba algo que decir, y en efecto, al poco rato continuó de esta manera.—Hablando francamente, mis padres, y principalmente mamá, están muy enfadados contigo, porque dicen que me has pegado tu mal. Ojala fuera cierto, pues sería el castigo que tengo merecido por tantos males como te he causado. Pero te aconsejo que no vuelvas á mi casa hasta que mis manos.... tú, por allí viene mamá con el doctor Jenner..... adios, que no quiero que me vea contigo.

Eduardo se fué de allí precipitadamente. En efecto, la baronesa y el doctor venían acercándose á Luisa, la cual hubiera hecho de buena gana lo mismo que Eduardo, si no hubiera estado mal visto.

—Ahí tiene vd. á esa desagradecida, dijo la baronesa al doctor. Tan necia, que no habló de su mal, hasta que ya era tarde y se le había pegado á mi pobre Eduardo. Ven acá, Luisa, y responde á lo que te pregunte este caballero.

Jenner contestó con agrado al saludo que Luisa le dirigió intimidada y la dijo:—A ver, hija mía, enséñame las manos.

Así lo hizo Luisa, y el doctor se las estuvo mirando atentamente.—Es una especie de viruelas, dijo al cabo de un rato, que están ya casi curadas. ¿Pero dónde las has cogido? ¿te las ha pegado alguien?

—Quiere hacernos creer, dijo la baronesa anticipándose que es de una vez que se cayó y se arañó los dedos.

—No, hija mía, añadió el doctor, de eso no pueden resultar viruelas ó pústulas, si bien puede ser que la caída haya sido la primera causa de tu padecimiento. Con que hayas llegado con

tus dedos á alguna persona, que tuviese esta clase de pústulas, basta para que te hayas contagiado. ¿No haces memoria de si alguno de tu casa tenía la misma erupción?

—Nadie, respondió Luisa con la mas completa convicción, pero de repente se quedó suspensa.

—Prosigue, hija mía, la dijo el doctor.

—Pero una vaca, continuó Luisa, la Pintada de casa tenía en la ubre unos granitos parecidos á los de mi mano.

—¿Y tocaste tú la ubre? preguntó el doctor.

—Como que tuve que ordeñarla, aunque me dolían tanto los dedos.

—Toma, pues ya hemos salido de la duda, dijo Jenner y preguntó á Luisa, si habia tenido muchos dolores y calentura.

De calentura no se acordaba Luisa absolutamente, pero si de que habia dormido mal dos noches y de que el ardor excesivo de los dedos era lo único que la habia molestado.

—Vaya, tranquilícese vd., señorabaronesa, dijo Jenner á la tia de Luisa, Eduardo no corre el menor riesgo. Todo su mal está reducido á una calentura muy leve y corta y á un poco de picor y escozor. Despues que pase la erupción, le mandaré un remedio para acabar de purgar la sangre, y esta niña lo tomará tambien. Vamos perdóneme vd. á Luisita y quírala vd. mucho, pues todo ello ha sido efecto de la ignorancia propia de su edad.

Con una sonrisa forzada alargó la baronesa la mano á su sobrina, y esta se la besó muy contenta, dando tambien gracias al buen doctor con lágrimas de ternura.

—¿Dónde está el pobre Pablo? preguntó Jenner. ¿Como está? ¿Va mejor de su demencia?

—Ay, no señor, dijo Luisa suspirando primero parecía que sí, pero desde que unos bribones de muchachos hostigaron, se ha vuelto mas adusto.

La baronesa bajó los ojos avergonzada, y el doctor hizo un movimiento con la cabeza manifestando su indignación.—¿Pero dónde está ahora el desgraciado? la preguntó á Luisa.

—Sin duda junto al estanque, en el bosque de los sauces, que es un parage muy solitario.

Dirigiéronse hacia allá, pues la distancia era muy corta, y en efecto allí encontraron á Pablo sentado en el suelo con la cara vuelta hacia el estanque. Como habia mucha yerba no sintió las pisadas de los que se acercaban.

—Gluc, gluc, gluc..., hacia el infeliz remedando al agua, que se agolpaba arremolinándose encima de el desagüadero. ¡Cuanto bebe ese bárbaro! Cien barriles de cerbeza lleva ya y todavía quiere mas. Si, pues allá voy á taparle la boca. Diciendo esto cogió una piedra grande y la arrojó al agua que le salpicó hasta la cara.—¡Paf! escamó muy contento, ahora soy yo el coco ¡A ver quién se atreve conmigo!

Luisa le llamó por su nombre poniéndole la mano sobre el hombro. Pablo volvió la cabeza asustado, y así que vió á los dos desconocidos, se levantó de un brinco, echó á correr y se internó en lo mas espeso del bosque. Desde allí se puso á gritar. ¡Luisa ven aca, aquí no te coge el granizo!

—Infeliz, dijo el doctor muy apesadumbrado, si Dios no se apiada de ti, nadie te podrá volver la razon.

Desde allí se marchó Jenner con la baronesa, y media hora despues le vió Luisa pasar en su coche por el pueblo, donde se despidió de ella con mucha afabilidad.

CAPITULO X.

LA DESOLACION.

Pasó despues Luisa algunos meses muy felizmente, cuidando con el mayor esmero á la hija de los labradores, que habia recibido en el bautismo el nombre de Margarita. Todos los de la casa, sin exceptuar á Pablo, la querian extraordinariamente por lo graciosa y bonita que era. Cuando Tomás volvía del campo, lo primero que hacia era preguntar por su hija. Catalina iba antes de todo á colmar de caricias á la hija de sus entrañas, así que llegaba de vender en el mercado de la ciudad, y otro tanto hacia Luisa cada vez que ve-

nia de la leccion. Hasta Pablo la hacia fiestas algunas veces, aunque nunca le dejaban solo con ella, para que no la hiciese daño.

Esta época de ventura fué perturbada repentinamente por una gran calamidad. Las viruelas malignas se difundieron por aquel pais, llenando de espanto a sus habitantes. En efecto, esta enfermedad, que nos vino del clima abrasador del Africa, empezó á hacer allí los mayores estragos, particularmente entre los niños. No tardó en llegar á Haik, presentándose con la misma vehemencia que en otros puntos. Pocas familias quedaron esentas de ellas y por todas partes reinaba la aflicción, el desconsuelo y la muerte. El carpintero no podia hacer todos los ataúdes que se le encargaban. Continuamente pasaban á la última morada difuntos de todas edades, y mas de una vez al día resonaba el fúnebre clamoreo del cimbanillo de la torre. Muchas madres andaban por el pueblo con los ojos hinchados de tanto llorar, y no pocos padres guiaban el arado agoviados de tristeza. A cualquier parte que se volviese la vista se divisaban cintas negras y vestidos de luto, y aun los pocos que salían de enfermedad tan perniciosa quedaban desfigurados de tal modo, que ni sus mas íntimos amigos los conocían. Catalina estaba sin cesar temblando por la vida de su Margarita y de Luisa, á pesar de que las viruelas no habian entrado todavía en su casa.

No era menor la inquietud del baron Mosby y de su esposa. Desde que se declaró la peste en la comarca, no permitieron que sus hijos saliesen de casa. Solo los veían el señor de Middleton y un criado, y á todas las personas del pueblo les estaba prohibida la entrada en el palacio. De esta manera creían resguardarse de la enfermedad, pero todo fué en vano.

Mientras Luisa corría y retozaba como siempre por el pueblo, estaban los hijos del baron metidos en sus habitaciones sin poder abrir siquiera la ventana por miedo de que el contagio se introdujese con el aire de fuera.

Matilde fué la primera que empezó á quejarse. Entráronla unos escalofrios

tan fuertes, que se puso muy pálida, y además todo la repugnaba. Despues la atacó un dolor de cabeza horroroso y principió á sentir ardor de cuando en cuando. Sus padres no sabian que hacerse de pesadumbre. Al instante se despachó un propio á caballo á llamar al médico, y se separó á la enferma de sus dos hermanos. Pronto se hicieron insoportables el dolor de cabeza y el ardor febril. La enferma perdió el conocimiento, y fué acometida de un delirio tan furioso, que apenas la podian sujetar tres personas en la cama. Matilde decia entonces muchos mas disparates que el demente Pablo. Asi se pasó aquella noche en medio de la mayor agitacion, y el médico no habia ido todavía, lo cual no era de estrañar por ser tantos los enfermos que tenia que visitar. Al fin llegó, y la baronesa le salió apresuradamente al encuentro, diciéndole: por Dios, amigo Smith, á ver si salva vd. á mi niña.

El doctor la respondió encogiéndose de hombros:—Señora noexija vd de mi lo que es imposible; nosotros no podemos hacer mas que ayudar á la naturaleza, reanimarla cuando se halla abatida y disminuir la cantidad escesiva de humores, pero no atajar de repente una enfermedad. Despues entró á ver á la enferma Tomóla el pulso y le encontró sumamente desenvuelto. En seguida hizo varias preguntas, recetó una bebida y mandó traer sanguijuelas para ponérselas inmediatamente á Matilde en las sienes. No tardó mucho en caerle la sangre á chorros por la cara, con lo cual se alivió el dolor de cabeza, pero en cambio se cubrió todo su cuerpo de unos granitos encarnados que fueron visiblemente en aumento.—Vamos, ahí están ya las viruelas, dijo el médico muy satisfecho; ahora es preciso cuidar de que esta niña no se enfrie, para que no se la metan dentro y enferme algun órgano de importancia, pues entonces sería la muerte inevitable.

Despues que acabó de dar todas sus disposiciones, se marchó precipitadamente. Mucho hubiera dado la baronesa porque no se separase un momento de su hija, pero ya que no podia ser, se sentó ella misma á la cabecera de la

cama; para cuidar de que Matilde no se destapase. Todo el cuerpo de la enferma parecia una brasa; tan reseco y ardoroso estaba. Nada bastaba para mitigar la sed que la devoraba, por que tenia tambien la boca, la garganta y las narices cubiertas de viruelas, de suerte que daba lástima verla. Pronto se le acabó de obstruir la nariz de modo que para respirar tenia siempre la boca abierta, lo cual además de ser tan penoso, le aumentaba estraordinariamente la sed. La garganta se le fué estrechando cada vez mas, de suerte que algunas veces la parecia que se ahogaba. La tisana tibia que le daban la abrasaba como plomo derretido, porque tenia toda la boca en carne viva. Su voz se fué apagando poco á poco y haciéndose cada vez mas imperceptible de tan agarrotada como tenia la garganta, hasta que al fin quedó reducida á un gemido sordo, y solo podia darse á entender por señas.

Los padres tenian el corazon despedazado, al ver en un estado tan lamentable á su hija que pocos dias antes era un ángel de hermosura, y entonces se hallaba convertida en un monstruo, con la cabeza hinchada de una manera espantosa, y con los ojos tan cerrados, que no percibian el menor rayo de luz.

—Dios mio, esclamaba la baronesa sollozando, y con las manos levantadas al cielo, ¿porque haceis penar tanto á mi Matilde?

El baron desesperado y rendido de desvelo reclinó la cabeza contra la pared por no ver padecer á su hija y humedecía con sus lágrimas la alfombra de la habitacion. Pero una vez que fué á sacar el pañuelo, se quedó horrorizado al ver á Sara, sentada en un rincon y pálida como un cadáver.

—¿Por Dios, hija mia! la dijo sobresaltado y yéndose hacia ella: ¿qué haces aquí? ¿vas á caer mala tú tambien?

—Ya lo estoy, contestó Sara dando diente con diente; me siento muy desazonada; llévame á la cama, papá mio.

Estas palabras hirieron como un rayo á los afligidos padres. Pronto se convencieron, de que Sara habia cogido tambien las viruelas. ¡Doble pena! ¡Nuevo pesar!

Aquí estaba sentado el padre con

una hija, allí la madre con la otra, y los dos temblando de que se les muriesen.

En esto entró el médico y el baron se levantó dirigiéndole estas palabras: la mitad de mis bienes le ofrezco á vd., si logra vd. salvar á mis hijas.

—Aun sin eso hago todo lo que está de mi parte, respondió el facultativo, pero me es imposible salir garante del éxito, aunque me prometa vd. una corona.

—¿Y no sabe vd. siquiera un remedio para preservar á mi Eduardo de esta peste tan terrible? preguntó el baron. Pues si el único hijo que me queda enfermase también ¿qué iba á ser de mí? Eso es lo que quiero que vd. evite; conquie, proponga vd. los medios.

El doctor se encogió de hombros diciendo.—Lo que es un preservativo seguro contra las viruelas no se conoce, pues aunque se ha ensayado la inoculación, sin embargo, no siempre ha tenido buenos resultados.

—Con todo, diga vd., exclamó el baron con viveza, ¿qué viene á ser eso? Aun que no á todos les sirva, ensayémoslo con mi Eduardo, pues siempre será mejor que no tomar ninguna precaución.

—Quién sabe, replicó el médico, si el tal preservativo merecerá la aprobación de vd., despues que yo le haya explicado en que consiste. Lo que se hace es producir artificialmente la viruelas en el niño que se quiere preservar de ellas. Para eso se le hacen algunas incisiones ligeras en los brazos, y despues se introduce en ellas un poco de pus tomado de un virolento. De esta manera salen las viruelas verdaderas, pero como no son muchas, tampoco la calentura ni el peligro presenta tanta gravedad, como cuando el paciente esta cubierto de ellas de pies á cabeza.

El baron le estuvo escuchando con mucha atención y despues le preguntó:

—¿Pero qué quería vd. decir antes con que el resultado no era siempre favorable?

—Que á veces sale mal la prueba y la enfermedad se agrava de tal manera que á algunos les ha costado la vida.

—¿Con qué entonces hubiera dado

yo mismo la muerte á mi hijo! exclamó el baron horrorizado. ¿Y qué consuelo habria despues para mi en este mundo? No, ya que la inoculación es un preservativo tan incierto y aun arriesgado, mejor quiero poner la vida de mi Eduardo en manos de la Providencia, que cometer la osadía de contrariar sus altos decretos.

—Haga vd. lo que guste, dijo el facultativo: yo no puedo decir que si, ni que no, por que no me atrevó á asegurar de antemano que fin tendria el ensayo.

—Pero es fuerte cosa, replicó el baron, si se considera cuantos millones de almas han sido ya víctimas de esta peste, y cuantos lo serán todavía en adelante. Seguro que al que descubriera un preservativo infalible y al mismo tiempo exento de todo riesgo, se le podría llamar con razon, el mayor bienhechor de la humanidad. Todas las riquezas del mundo serian poco para premiarle, y todos padres é hijos, deberiamos pronunciar su nombre con gratitud y acatamiento.

—Es verdad, contestó el médico, pero ¿dónde se ha de encontrar ese preservativo? sino da la casualidad....

—Diga vd. mas bien, le interrumpió el baron, si el Altísimo no se digna permitir que se descubra, pues sin su proteccion son vanos los esfuerzos del hombre.

—Tal creoyo tambien, dijo el doctor, y se despidió dando muy pocas esperanzas de Matilde.

CAPITULO XI.

MUERTE Y SEPULTURA.

No habian sido infundados los recelos del facultativo. A la noche siguiente no pudiendo el baron resistir mas el cansancio, tuvo que acostarse, y el señor de Middleton ocupó su puesto á la cabecera de Sara. Pero una madre amorosa no conoce el cansancio, y es mucho mas fuerte en tales casos que el hombre de mas valor. La baronesa no se apartó ni un momento de Matilde, ni sus párpados sintieron la menor pesadez.

El baron se veia atormentado en su

letargo por los sueños mas espantosos. Soñaba que Matilde se hallaba jugando á la orilla de un sepulcro, y que la muerte sacaba por allí sus descarnados brazos para cogerla. Sobresaltado en extremo fué corriendo á arrebatársela y viendo que la muerte no queria soltar su presa, exclamó. ¡A mí, á mí, llévame á mí, pero deja á mi hija! ¡Oh! ¡por qué no! le dijo el esqueleto con voz desapacible, y alargando el brazo le agarró por el hombro y entonces despertó con el susto.

En efecto al lado de su cama habia un espectro pálido como un cadáver, que tenia una luz en la mano y le habia tocado en el hombro para despertarle. Era la baronesa, la cual fuera de sí y sollozando le dijo:—Levántate, esposo mío, que Matilde va á espirar, ven corriendo.

El baron fué apoyado en el brazo de su esposa hasta la cama de Matilde, y la encontró completamente sin movimiento pues ya habia dejado de existir. Aun tenia la boca abierta como si fuese á tomar aire, y las pústulas que cubrian todo su cuerpo, se habian vuelto materialmente negras.

Así que la baronesa se cercioró de que su hija habia muerto, perdió las fuerzas repentinamente y cayó desmayada. El baron la llevó á otro cuarto ayudada del señor de Middleton, y despues de colocarla sobre una otomana, se volvió á la cama de Matilde. Sentado en una silla estuvo contemplando á su hija largo rato, hasta que un torrente de lágrimas vino á aligerar el peso que le oprimia. Con voz muy cariñosa la habló de esta manera:—¿Te encuentras mejor, hija mia; libre ya de tu desfigurado cuerpo? ¿no es verdad que ahora no tienes el pecho oprimido, y puedes entonar cánticos de alabanza al Todopoderoso que te ha sacado de tanto padecer? Ya no conocen tus ojos las tinieblas y ahora contemplan en una luz mas pura la gloria de Dios y de todos sus escogidos. Descansa en paz, hija de mi corazon. Despues dijo una oracion en voz baja, cubrió el cadáver con una gasa y se salió de la habitacion.

No fué poca fortuna que Sara en su delirio febril no oyese ni viese nada de

la muerte de su hermana, pues hubiera podido acarrearle las mas fatales consecuencias. Aquella misma mañana se llevó el cadáver á otro cuarto. El baron no permitió que se acercasen á Matilde mas personas que las absolutamente indispensables, y tuvo un gran disgusto cuando supo que los niños y niñas del pueblo se habian empeñado en ir acompañando hasta el campo santo, porque temia que así se propagasen las viruelas. Para no entristecer mas á la baronesa se dispuso que el acompañamiento se ordenase fuera del palacio, y ella tuvo que dar palabra á su esposo de quedarse en casa. Sin embargo así que llegó á sus oidos el toque fúnebre de la campana, se subió á la habitacion mas elevada de la casa, desde donde podia ver todo el camino hasta el mismo cementerio, el cual se hallaba separado del palacio por un valle de poca estension. Al poco rato vió asomar el crucifijo que llevaba un muchacho de la escuela, ya grandecito. Seguiantle de dos en dos y cantando los demas niños y niñas, ocho de las cuales ya mas crecidas y que habian sido amigas de Matilde, llevaban cada una cruz para clavarla sobre el sepulcro en prueba de cariño. La primera de todas era Luisa. Despues iba el ataúd, todo cubierto de coronas de flores y guirnaldas é inmediatamente detras marchaba lentamente y muy abatido el buen padre de Matilde, entre el cura del pueblo y el ayo, y seguido de toda su servidumbre. La baronesa se deshacia en lágrimas contemplando este fúnebre aparato, pero cuando el acompañamiento llegó á la altura empezaron á tremolar con el aire que allí corria, todas las cintas de seda que colgaban de las guirnaldas y esto la afligió mucho mas.—¡Mi hija me envia el último adios! exclamó traspasada de dolor. ¡Adios, hija mia, adios! Tambien ella la saludó con su pañuelo blanco, y las cintas devolvieron desde el otro lado el saludo como diciéndola; adios, mamá mia, adios, hasta que el ataúd se entró por la puerta del campo santo.

CAPITULO XII.

LOS TRABAJOS CORRIGEN AL HOMBRE.

¡Ay! dijo la baronesa á su esposo cuando volvió del entierro, si hubiera estado aquí el doctor Jenner para asistir á Matilde, tal vez no la hubiéramos perdido.

—Nodigas eso, Carlota mía, replicó el baron. Smith es un hombre muy cabal y ha hecho sin duda alguna cuanto el arte puede dar desí, sino que la enfermedad era demasiado maligna. ¿No ves como Sara va mejor?

En efecto á los nueve dias estuvo Sara fuera de peligro, aunque todavia no podia abrir los ojos porque los tenia cubiertos de viruelas. Con este motivo despues que recobró el conocimiento se fastidiaba de estar en la cama y queria que su mamá estuviere siempre á su lado dándole conversacion, lo cual no podia ser. Tenia tambien muchos deseos de hablar á Eduardo, pero á este le estaba prohibido entrar en el cuarto de la enferma. Los únicos que la visitaban á menudo eran el baron y el señor de Middleton, pero con ellos no podia hablar de sus muñecas ni de otras cosas por el estilo. Hasta entonces le habian ocultado la muerte de su hermana, porque no se empeorase con tan triste noticia, de suerte que á la baronesa se le partia el corazon siempre que Sara se acordaba de Matilde, y se ponía tan contenta pensando en cuando pudiese volver á jugar con ella. Es indecible lo que sufría la baronesa con estas ocurrencias de su hija, y por lo tanto creyó muy conveniente traerle una persona, que le hiciese compañía y la distrajese de aquellos pensamientos. Bien sabia la baronesa que Luisa era la mas á propósito para el caso; pero al instante se le ocurrió el inconveniente de si su sobrina querria hacerla aquel favor. Y en efecto la pretension no era ningun grano de anís, pues Luisa se habia de esponer voluntariamente al peligro de contagiarse, siendo así que con tanto cuidado preservaba de ello á su Eduardo. Ademas conocia muy bien la baronesa que en realidad no merecia que Luisa le diese gusto,

porque esta podia decir con muchísima razon; «cuando yo no tenia mas que una erupcion muy leve, me prohibió mi tia la entrada en su casa con expresiones harto duras, y ahora que su hija padece una enfermedad tan maligna, que ni su propio hermano entra á verla, quiere que haga yo de enfermera.»

Algun tiempo estuvo la baronesa sin saber que hacer, pero al cabo se decidió á hablar con Luisa, y esta condescendió al instante en hacer compañía á Sara. La baronesa la estrechó en sus brazos con ternura, y la dijo con los ojos arrasados de lágrimas:—Desde hoy seré tu madre, pues bien lo mereces, y jamás olvidaré tu condescendencia. Pablo vendrá á verte todos los dias, para que no sienta tanto tu ausencia.

Luisa desempeñaba su nuevo cargo con un celo infatigable y una exactitud extraordinaria, á pesar de que la primera vez, se horrorizó de ver á Sara tan monstruosa, pues tenia la cara llena de grietas y hoyos de las viruelas, y sus hermosos ojos azules no vagaban ya libres como antes, hallándose ocultos bajo una hinchazon considerable. Luisa contemplaba á la infeliz Sara con mucha compasion y tristeza, pero no sin estremecerse algun tanto. Para pasar el tiempo de la mejor manera posible, le contaba todos los cuentos bonitos que sabia y la entretenia con otras cosas. Sara para mostrar su gratitud, sacaba muchas veces la mano llena de úlceras, para coger la de Luisa y apretársela, y esta no se atrevia á retirar la suya, aunque semejante espresion de cariño le hacia siempre mucha sensacion. No hubiera sido extraño que se le pegasen á Luisa las viruelas, pues sobre todo los primeros dias no podia menos de sentir cierta repugnancia cada vez que Sara la tocaba, pero no tuvo la menor novedad. Su tia no sabia que hacerse con ella de agradecimiento. Todos los dias la traía un regalo, y Pablo iba á verla sin falta al palacio. La baronesa se mostraba tambien con él mucho mas bondadosa que antes, y habia mandado que no le incomodasen. Pablo se hallaba muy bien en las lujosas habitaciones del palacio, sin duda porque creia estar en casa de

su antiguo amo y en el puesto que entonces ocupaba. Así que entraba cogía un paño, y se ponía á limpiar el polvo á todos los muebles; despues colocaba bien las sillas, pulia los tiradores de azófar de las puertas y barria el suelo. «Todo esto debe estar como una ascua de oro», decia Pablo muy contento á Luisa, para que el amo no regañe cuando vuelva de caza. Parecía efectivamente que se hacia mas tratable con aquella ocupacion.

No era consuelo para la baronesa que su Eduardo no hubiese cogido hasta entonces las viruelas, pero todavia no podia ver á su hermana, y aun le estaba prohibido juntarse con Luisa.

Esta insinuó tambien poco á poco á la convaleciente el fallecimiento de su hermana. Mucho lo sintió Sara, y muy grande fué su pesadumbre la primera vez que se volvió á mirar en el espejo. Al verse tan desfigurada se echó á llorar amargamente y no pudo conformarse en mucho tiempo, pero mas adelante su misma fealdad fué para ella un gran bien,

pues conociendo que ya no poseia atractivos corporales, procuró suplir esta falta con las bellezas del alma. Si en otro tiempo habia sido orgullosa, altanera, atolondrada, altiva y caprichosa, despues trató de hacerse humilde, cortés, sufrida y bondadosa. Tambien habia aprendido con disgusto lo que su ayo la enseñaba, pero luego era su aplicacion infatigable. Antes prendaba á todos con sus gracias la primera vez que la veían, pero la impresion que hacia despues con sus cualidades morales era mas duradera, y no la perdió ni aun en la edad mas avanzada, en que desaparecen todos los atractivos corporales. El ejemplo de Sara fué tambien muy provechoso para Luisa y Eduardo, pues conocieron que la hermosura del cuerpo se aja muy facilmente y en adelante dieron menos importancia á su buena presencia, tratando mas bien de adquirir aquellas cualidades permanentes de que no nos pueden privar ni las enfermedades. ni los años, ni nadie en este mundo.—GUSTAVO NIERITZ.

(Se continuará.)

LEYENDAS HISTORICAS.

AVENTURAS MARAVILLOSAS

DE LYDERICO,

PRIMER CONDE DE FLANDES.

(Continuacion.)

De este modo caminó Lyderico por espacio de ocho dias, precedido de ruiñen, seguido de Peters, y hablando con sus dos enanas prisioneras que gustaban mas del cielo del Señor con su sol, de la noche acompañada de estrellas y de la tierra con sus perfumadas plantas, que de su cielo de cristal, siempre terso y frio, y de sus flores de diamantes, que aunque bellas y ricas, no prestaban ni aun el olor de nuestra

mas simple violeta oculta entre la yerba; de manera que cada vez que veían la salida del sol en el Oriente, y la venida de la apacible noche, daban gracias á Lyderico por haberlas libertado de su prision, de donde jamás las permitió salir su dueño, viéndose siempre obligadas, la una á hacerse dormir en su hamaca, y la otra á echarse aire con una cola de pavo real.

Al cabo de los ocho dias llegaron á las orillas del mar, la cual atravesaron durante el corto espacio de tres dias, y en la mañana del cuarto llegaron á la capital de Higlanda, donde á la sazón se estaban celebrando grandes fiestas por el cumple años del rey. Estas fiestas se reducian á un torneo entre los caballeros, y á una carrera entre las jóvenes, debiendo terminarse todo con

un combate de fieras, las cuales habia regalado el emperador de Constantino-pla, al rey de Higlanda como un presente al aniversario de su nacimiento.

No solo debia Chrimhilda presidir el torneo y asistir á la carrera, sino que tambien tenia que tomar parte en ella, pues era costumbre en Higlanda, que todas las jóvenes, sin esceptuar á las princesas, despues que cumpliesen los diez y ocho años, concurriesen á estos festejos y disputasen el premio de la rosa, y se le daba esta denominacion porque era una simple rosa lo que constituia el premio de la carrera; pero ademas, aquella que llegase la primera y cogiese la única rosa que tenia el rosal, debia casarse al año, con el caballero mas valiente de la tierra.

Lyderico vió que tenia ya suficientes razones para visitar á la princesa de Higlanda, y como las fiestas debian celebrarse muy pronto, apresuró su marcha y poniéndose el casco que le hacia invisible se dirigió al palacio. Con efecto atravesó tres aposentos, de los cuales el primero le halló lleno de criados, el segundo de cortesanos, y el tercero de ministros; pero en ninguno de ellos se quiso detener, pues pasando al salon del trono, vió al rey sentado bajo un dosel de púrpura bordado de oro, con la corona en la cabeza y el cetro en la mano; pero tampoco se detuvo en este sitio. Llegó á un pequeño gabinete adornado con vistosas flores, en medio del cual habia una especie de palangana llena de agua, hermosa y limpida, y sobre una grande porcion de flores vió á una joven acostada, deshojando distraidamente una preciosa margarita sin preguntarle nada, pues como no amaba todavia, ignoraba tambien que fuese amada; esta joven era la princesa Chrimhilda.

Era mas bella todavia que lo que Lyderico habia podido figurársela en su mente, por lo que formó propósito de obtenerla por muger á cualquier precio, aunque tuviera, como Jacob, que ser pastor el largo periodo de diez años.

Lyderico se hubiera estado contemplandola hasta la noche, si el rey Gunther no la hubiese mandado llamar. Chrimhilda se levantó y sin detenerse

fué á ver para lo que su hermano la queria, y Lyderico, siempre invisible, la fué siguiendo: cuando la joven princesa se halló en la presencia de su hermano, preguntóle:

—¿Para qué me llamas?

—¿Ignoras, repuso el rey, que es necesario que trabajes en los preparativos del torneo que ha de celebrarse mañana y en el que debe coronarse el vencedor?

Cuando supo Lyderico que el solemne acto de la coronacion estaba reservado á la joven princesa, sintió los mas vehementes deseos de ganar la corona, y recapacitando á la vez que el tiempo era precioso y que se acercaba la hora del torneo se encaminó en seguida á su hospedage; pero como se le habia olvidado quitarse el casco entró sin que nadie le viera y halló á las dos mugeres del rey Alverico, que queriendo hacer un regalo á su noble libertador, hablaban á toda prisa á fin de concluir ciertos adornos para el vestido con que Lyderico debia presentarse en el torneo, y Lyderico que adivinó su intencion se retiró á su aposento sin darlas á conocer que habian sido descubiertas; y bajaron tan bien y tan pronto, que al dia siguiente por la mañana halló el joven caballero que nada le faltaba á su vestido: ademas, estaba tan maravillosamente bordado de perlas, záfiro y diamantes, que hubiera creído imposible se imitasen con tanta exactitud con pedrerías, las flores del campo, si antes, no hubiese visto el jardin artificial y subterráneo del rey Alverico.

No bien el conde de Flandes se presentó en la liza, cuando todas las miradas, hasta las de la princesa Chrimhilda se fija ron en él, y todos desearon á un tiempo, que el joven del vestido blanco saliese victorioso, cuyos deseos se realizaron, porque Lyderico venció á todos los caballeros, y al instante fué declarado vencedor del torneo, coronado por la princesa Chrimhilda, convidado á comer en la corte del rey como á asistir á las danzas que debian celebrarse á continuacion.

Al siguiente dia, se vistió de arquero, y al primer disparo que hizo echó un pájaro á tierra, lo cual no deben es-

trañar nuestros lectores, pues seguramente recordarán que dijimos, que mientras vivía en el bosque, donde fué educado, llegó á ser con el arco el mas hábil tirador del mundo. El jóven conde asió el papagayo que acaba de matar con su flecha, le puso un hermoso diamante en el pico y otros dos en lugar de ojos, y llamando á Peters, le mandó que pusiera el ave á los pies del rey como un presente que le hacia en agradecimiento al modo cortésano y atento con que se habia servido recibirle.

Al otro dia debia celebrarse la *carrera de la rosa*, para lo cual se reunieron todas las jóvenes en una liza, cuyos limites formaban dos gruesos cordones de seda, y al final de esta liza, que tendria unos quinientos pasos de estension se hallaba el rosal con su única rosa. Chrimhilda estaba en medio de las demas jóvenes; pero distinguiéndose entre todas por su singular belleza, la que se aumentaba al ver aquel semblante de escésiva animacion que revelaba los mas ardientes deseos de ganar el premio y ser la esposa del caballero mas valiente de la tierra: Lyderico al contemplarla, la encontró en esta ocasion mas hermosa que nunca, y quiso que á toda costa ganase el premio. Para este fin, volvió á la habitacion que le servia de hospedage, colocó en su cabeza el casco que le hacia invisible, llenó sus bolsillos de piedras preciosas, bajó á la liza y se situó al lado de la princesa.

El rey dió la señal de la carrera, y todas las jóvenes partiéron rápidas como gacelas; pero por mas ligera que quiso ser Chrimhilda, cinco ó seis de sus compañeras estuvieron á punto de adelantarla; entonces Lyderico que corria detrás de la princesa, cogió un puñado de piedras preciosas de las que llevaba consigo, las arrojó sobre la liza, y las jóvenes al ver brillar á sus pies diamantes y rubies, no pudieron resistir al deseo de cogerlos, durante lo cual Chrimhilda adelantó camino, porque reflexionando que iba en busca del mejor diamante de la tierra, no se detuvo en la carrera, y llegando primero que ninguna, cogió la rosa.

El dia siguiente, era el consagrado al

combate de animales feroces, que aparecieron en un gran circo rodeado de gradas y vistosas galerias, y en un lugar preferente habia un dosel lujosamente adornado, donde estaban sentados Gunther, y su hermana Chrimhilda, risueña y llena de gozo por el triunfo del dia anterior, y ostentando en sus delicadas manos la rosa que habia ganado.

Después que combatieron algunas fieras, se presentaron un leon y un tigre, cuya ferocidad admiró á los que asistían á esta funcion. Hallábanse en el momento mas encarnizado de la lucha, cuando la princesa Chrimhilda lanzó de repente un grito: la rosa se habia caído de sus manos y vino á quedar entre los carnívoros animales que combatían. El grito de la princesa fué seguido de una exclamacion general del público, porque vió á Lyderico en medio del circo y caminar tranquilamente hacia las fieras en busca de la rosa.

El tigre y el leon que vieron á este nuevo personaje, que ciertamente no esperaban, dejaron á un mismo tiempo de combatir y rugiendo se avanzaron al jóven conde; mas este, echó mano al zurriago de oro que llevaba pendiente de la cintura, y fueron tantos y tan fuertes los zurriagazos que las fieras recibieron, que á poco rato comenzaron á huir ahullando como perros. Entonces Lyderico cogió la flor de la princesa; pero en vez de entregarle esta misma rosa, le dió la que habia cortado de los jardines subterráneos de Alverico. Chrimhilda estaba aun tan turbada, que sin reparar en el cambio de la flor, cogió la que el jóven le entregaba, y dirigiéndose al rey le dijo:

—¡Ah! hermano mio, estoy segura que Lyderico es el caballero mas valiente de la tierra.

El dia después de estos festejos, Lyderico envió al rey Gunther las cuatro cestas llenas de perlas, rubies y diamantes, pidiéndole en cambio la mano de su hermana, pero Gunther contestó que la mano de su hermana solo seria de aquel que prestase su apoyo para conquistar el castillo de Segardia, que estaba rodeado de llamas y en el cual la hermosa Brunehilda, reina de

Islandia, hacia cincuenta años que estaba dormida.

Lyderico respondió, que se hallaba enteramente dispuesto á conquistar el castillo de Segardia, á despertar á la reina de Islandia y á devolverla á su país: sin embargo, Gunther no quiso permitir que Lyderico desempeñase solo semejante empresa, y así, convinieron en que los dos jóvenes harían juntos la conquista del castillo de Segardia, y que despues, á su vuelta á la capital de Higlanda, Lyderico se casaría con Chrimhilda.

A los ocho dias, el navio, que debia conducir á Lyderico y Gunther á Islandia, estaba dispuesto, y partieron acompañados de cien caballeros, reputados por los mas valientes de Higlanda; mas Lyderico al despedirse de la princesa, le dió las dos mugeres del rey Alverico, á las cuales nombró Chrimhilda sus damas de honor, con el objeto de poder hablar con ellas siempre que quisiera, de aquel joven tan valeroso, que por lograr su mano acometia una empresa tan peligrosa.

A la caída de la tarde del tercer dia de navegacion, se apercibió en el horizonte una luz estraordinaria, y los dos jóvenes navegantes, preguntaron al piloto la causa de lo que divisaban.

—Creo, respondió el piloto, que esa luz la producen las llamas del castillo de Segardia.

Con efecto, á medida que la noche se adelantaba, la luz se iba haciendo mas visible á sus ojos, distinguiéndose ademas los altos muros que ardian sin comunicarse, porque eran de una especie de piedra como el diamante: vieron tambien diez puertas, cada una de las cuales estaba guardada por un dragon.

Al rayar el dia, el navio guiado por aquella luz maravillosa, abordó en un puerto que el castillo dominaba; Gunther quiso al instante ser el primero en saltar en tierra, y dirigirse al castillo á través de las llamas; pero Lyderico le detuvo diciendo, que él tenia todos los medios para salir con triunfo de aquella empresa, y en su consecuencia, que le dejase obrar, pues de todo le daría buena cuenta. El rey

quedóse, pues, en la nave con sus cien caballeros, y el joven conde, ciñendo su Balmung, colocando el zurriago de oro en su cintura, y poniéndose el casco que le hacia invisible, saltó en tierra, y sin cuidarse de elegir esta ó aquella puerta, se adelantó hácia la que encontró mas cerca del mar.

Esta puerta estaba guardada por una hidra monstruosa, con seis cabezas, de las cuales vigilaban tres, en tanto que las otras tres dormian: adelantose Lyderico lleno de resolucion hácia ella, y aunque invisible, el monstruoso animal oyó el ruido de sus pasos, y al instante las tres cabezas que vigilaban, despertaron á las que dormian, y las seis se dirigieron echando fuego hácia el parage de donde procedia el ruido; pero las llamas eran tan vivas y ardientes, que su escesivo calor, junto con el de los muros, impidieron á Lyderico aproximarse á la hidra á la distancia de su Balmung, por lo que se vió precisado á envainar la espada y servirse del zurriago de oro; el que manejó con tanto acierto, que al cabo de algunos instantes, cayó de espaldas la hidra, y volviéndose á levantar, se puso en fuga. Lyderico la persiguió y entró con ella en la ciudad, y logrando acorralarla, no cesó de darle fuertemente con el zurriago hasta que las llamas que arrojaba desaparecieron, y comenzó á echar sangre, y el valeroso caballero aprovechó esta circunstancia, para recoger el zurriago, sacar su Balmung y cortar una por una las seis cabezas del monstruoso animal, verificado lo cual prosiguió su camino.

El tiempo es precioso, no hay motivos para malgastarle: las calles estaban tiradas á cordel y todas prestaban camino al palacio de la princesa, situado en el centro de aquella grandiosa fortificacion. Lyderico se dirigió al referido palacio en medio del mas estraño silencio, encontrando á su paso, aquí unos cuantos mandaderos dormidos sobre el suelo; allí un cartero con el brazo levantado en ademan de tirar del cordón de la campanilla de alguna casa á donde llevaba cartas; los cocheros sentados en el pescante de sus carruages con el látigo en la mano; los la-

cayos que iban detrás, también dormían; vendedores y vendedoras, sentadas en varios parages, que también dormían; una procesion que iba á la iglesia: todo esto dormía profunda y silenciosamente, á escepcion de la serpiente que poco antes silbaba del modo mas espantoso.

El conde de Flandes continuó su camino y entró en el palacio, donde reinaba el mismo silencio: el guarda que estaba en su castillejo dormía también con la bocina en la mano, y los perros estaban tendidos cerca de la puerta: los pájaros estaban fijos en las ramas de los árboles, y las moscas quietas en la

pared sin ningun género de movimiento: precisamente también dormían.

A medida que Lyderico penetraba en los aposentos, veía que el sueño había sorprendido á los habitantes del castillo en medio de una grande fiesta: las antecámaras estaban llenas de lacayos, puestos de pie, unos llevando en la mano platos llenos de esquisitos manjares, y otros situados en opuesta direccion, con los platos vacios: entró despues en el salon de baile y vió á los convidados colocados en actitud de bailar una contradanza, con los brazos y las piernas levantadas: los músicos con los arcos sobre las cuerdas de sus violines, y



ORTEGA

otros con los labios puestos en la punta de sus clarinetes.

Siguió adelante y vió acostado en una especie de trono á un hermoso caballero ciñendo una reluciente armadura y cubriendo su cabeza con un magnífico

casco de oro: pareciéndole á Lyderico que este era el rey de la fiesta se acercó á él y le quitó el casco, y vió lleno de asombro el semblante de una hermosa muger. El jóven conde, con el objeto de cerciorarse si respiraba todavía, aproxi-

mó su megilla á la de la encantada, y su aliento dulce y perfumado le hizo conocer que la vida no habia aun dejado de animar á aquel hermoso cuerpo; Lyderico que vió su boca tan cerca de aquellos hermosos lábios de coral no pudo resistir á la tentacion de depositar un beso en ellos; pero á pesar de lo dulcemente con que lo efectuó, la bella guerrera se estremeció y abrió los ojos.

No bien se hubo despertado cuando los músicos volvieron á tocar sus instrumentos, los que bailaban concluyeron su contradanza, y los lacayos entraron y salieron con los platos y demas servicio para los convidados.

—Sed bien venido, valeroso jóven, dijo Brunehilda á Lyderico: los profetas me aseguraron que este anillo y mi mano serian de aquel que me despartara.

—¡Ay, bella princesa! repuso Lyderico, no es á mi á quien está reservada tanta dicha: yo no soy mas que un enviado, que vengo á pedir vuestra mano para Gunther rey de Higlanda, con cuya hermana debo casarme.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Brunehilda dando á su rostro una espresion desdenosa; ¿escuchais caballeros y señoras? el que pide mi mano no se ha encontrado con bastante valor para arrostrar los peligros, y envia para ello á un caballero mas valiente que él.

—Perdonad, adorable princesa, respondió Lyderico; no me conceptúo mas valiente que Gunther; pero la condicion que le impuse al acompañarle en esta empresa, fué la de que yo seria el primero en arrostrar los peligros de la aventura, y así cuando llegamos al puerto le obligué á que sostuviera su palabra, y ya sabeis, señora, que el primer deber de un caballero es mantenerse fiel en sus promesas.

—Está muy bien, repuso Brunehilda casi sin escuchar á Lyderico. ¿Y el caballero que os envia, sabe á que pruebas tiene que sujetarse para ser mi esposo?

—Sí, noble princesa, respondió Lyderico, y como estas pruebas son las mas peligrosas, Gunther se las ha reservado.

—Bien está; decid á Gunther que se prepare á las pruebas que trato impo-

nerle mañana; pero sabed, caballero, que si él sucumbe los dos pereceréis.

El jóven conde quiso añadir algunas palabras antes de despedirse; pero Brunehilda no le dió tiempo para ello, porque volviendo de pronto las espaldas con desden, entró en la contigua habitacion, y Lyderico se encaminó al sitio donde Guntherle esperaba.

Con efecto Lyderico refirió á Gunther todo cuanto habia pasado, y el rey de Higlanda teniendo presente la amenaza de Brunehilda, rogó al conde que le dejase solo concluir las pruebas, que se volviese á Higlanda, y que cualquiera que fuese el éxito de su empresa, se casaria con su hermana; pero Lyderico sabiendo que Gunther tenia necesidad de su apoyo no se convino á ello, recordándole el convenio anterior; y por último le dijo que deseaba dividir con él los peligros, y Gunther que por otro lado no desconocia la necesidad de su cooperacion no insistió mas, y ambos caballeros esperaron con impaciencia la llegada del siguiente dia.

A las seis de la mañana, que era el momento prefijado para la partida, comenzó Gunther á buscar á Lyderico, y no encontrándole en ninguna parte, inquieto y lleno de zozobra, sospechó de su lealtad; pero á este tiempo oyó una voz que hirió sus oidos con las palabras siguientes.

—Nada temas ni receles, Gunther; estoy á tu lado, y acaso te sea mas útil permaneciendo invisible, que presentándome á la faz de todo el mundo.

Gunther conoció la voz de Lyderico y se tranquilizó. Entonces acompañado de sus cien caballeros, se puso en camino hacia la ciudad, en la cual entró, y al instante vió salir á Brunehilda á la cabeza de quinientos soldados que rodearon á Gunther con sus cien caballeros, de tal manera, que el rey dudó de la victoria, por lo que lleno de temor preguntó en voz baja:

—¿Estas ahí, Lyderico?

—Sí, repuso el conde.

Y Gunther se tranquilizó. Puesto en presencia de la hermosa guerrera, el rey bajó de su caballo y se presentó á aquella como quien solicitaba el honor de ser su esposo; pero Brunehilda

sonriendo desdeñosamente, contestó á Gunther:

—Es una ley del cielo y de la tierra, para que todo matrimonio sea feliz, que la muger rinda obediencia á su marido; pero para que la muger obedezca es necesario que ella encuentre un hombre superior, y he jurado no casarme sino con un hombre que sea superior á mí en todas sus cualidades, única persona á quien determino obedecer. Rey Gunther, ¿estais dispuesto á sufrir las tres pruebas que voy á imponeros?

—Dispuesto estoy, contestó Gunther.

—Entonces, si estais dispuesto, nada tengo que deciros, caballero, sino que estando vos armado y yo tambien, podemos desde luego comenzar... traed las lanzas.

Acto continuo, ocho escuderos que escuchaban trajeron dos lanzas, tan pesadas que se necesitaban cuatro hombres para llevar cada una de ellas: Gunther las miró con inquietud, pues eran tan gruesas como el mástil de su navio, y creyó que ni aun podría levantarla; pero Lyderico comprendiendo sus recelos, le dijo en voz baja:

—Nada temas, y dame un sitio en el arzon de tu silla; tú aparentarás atacar con mucho brio, y yo seré el que ataque en realidad.

Estas palabras, gustaron á Gunther de tal manera que sin titubear aceptó la oferta de Lyderico. Brunehilda cogió una de las lanzas, la cual levantó con extraordinaria facilidad, situándose despues en el sitio que le pertenecía. En cuanto á Gunther levantó la suya con la misma facilidad que una caña, lo cual produjo entre los espectadores un prolongado murmullo de admiracion; el rey se situó frente á frente de Brunehilda y á cien pasos de distancia.

Dieron los jueces la señal, y ambos caballos partieron á galope, encontrándose los adversarios en medio del camino; pero con grande admiracion de todo el mundo, la lanza de Gunther se hizo pedazos en la coraza de oro de Brunehilda, y á su empuje la hermosa guerrera cayó de espaldas sobre la grupa de su caballo, de tal manera que la

visera de su casco se corrió y dejó ver su hermoso rostro inflamado de cólera y vergüenza.

—Soy vencida, dijo la reina arrojando su lanza en la arena: pasemos á la segunda prueba.

—Y bajó del caballo.

—¿Tú no te irás....? preguntó Gunther á Lyderico.

—No, repuso el conde; calla y escucha.

—Bien está, dijo Gunther.

Este recibió con modesta sonrisa las felitaciones de sus cien caballeros, los cuales le aseguraron que jamás le habian visto combatir con tanto valor é inteligencia, y por primera vez el rey Gunther conoció que sus cortesanos le decian la verdad.

Mientras tanto, doce hombres trajeron una enorme piedra, la que Gunther no pudo mirar sin estremecerse.

—¿Ves lo que hacen? preguntó á Lyderico el rey en voz baja.

—Si, le respondió: no temas nada.

—Rey Gunther, exclamó Brunehilda ¿ves esta piedra? yo quiero arrojarla á esa pequeña elevacion que dista de nosotros unos cincuenta pasos; si tú la arrojas á mayor distancia me reconoceré vencida como antes.

—¡Cincuenta pasos! murmuró en voz baja Gunther.

—Nada temas, dijo Lyderico; pondré mi mano donde esté la tuya; tú harás el movimiento y yo seré quien la arroje.

(Se continuará)

CONVERSACION. El don de la conversacion, consiste mas bien que en manifestar ingenio, en hacer que los demas aparezcan discretos: el que al separarse de tí va satisfecho de sí y de su ingenio, lo está tambien de tí.

La Bruyere.

CORTE. La corte es semejante á un edificio de mármol; se compone de personas muy finas pero muy duras.

Idem.

HOMBRES CELEBRES.

TORCUATO TASSO.

En una pobre habitacion perteneciente á una humilde casa de Sorrento, vemos una muger sentada al lado de una mesa, en actitud de escuchar á un niño de nueve años, que recita con entusiasmo las bucólicas de Virgilio.

—¡Oh! ¡padre cruel y despiadado! exclamó el niño de pronto, poniendo el libro sobre la mesa.

—¿Por qué lo dices, hijo mio? preguntó Porcia, que este era el nombre de la muger que escuchaba, madre del que leía.

—¿Lo ignoras, madre? ¿No sabes que Virgilio componia versos á la edad de doce años, y su padre le castigaba severamente, porque no queria que fuese poeta? El padre de Virgilio, era un hombre cruel. ¿Quien no llora de entusiasmo al leer su Eneida?

—Torcuato, respondió Porcia, mucha aficion demuestras á la poesia; quiera el cielo que no heredes de tu padre ese arte seductor y sus desgracias.

—Es verdad, respondió Torcuato dando un suspiro, pobre padre mio; siempre huyendo, siempre perseguido... ¡Oh, como el emperador Carlos V aborrece tanto al principe de Salerno, y mi padre le quiere tanto.... ¿Pero es por ventura un delito apreciar al hombre de quien se reciben beneficios?

Apenas habia Torcuato acabado de pronunciar esta última frase, cuando la madre y el hijo se asustaron, con el imprevisto ruido de dos fuertes aldabonazos dados á su puerta. ¿Quién será? dijo Porcia... ¡á las diez de la noche!

Porcia acudió á la puerta, el joven Tasso se puso de pié y esperó arrimado á la mesa, al personage que habia lla-

mado. Un hombre de mediana estatura y embozado en una capa, entró seguido de Porcia.

—¿Qué hay, Vallinieri? ¿qué noticias me traes? preguntó aquella.

—Desgraciadamente, señora, se han confirmado mis sospechas.

—¿Cómo!

—Sí, por mas que me sea sensible manifestarlo, es preciso que el niño se ponga en salvo.

—¿Qué niño? preguntó Torcuato.

—Tú, hijo mio, respondió la madre llorosa y abrazándole.

—¿Por qué?

—Porque estas sentenciado á muerte.

—¿Cuál es mi delito?

—Ser hijo del hombre á quien no han podido prender.... quieren con tu inocente sangre saciar la rabia que los devora.

—No hay tiempo que perder, esclama Vallinieri, me esperan, no puedo detenerme mas; acaso sea yo uno de los que esta misma noche, vengan á sorprenderos, señora, para prender al inocente Torcuato.

—Pronto empiezas á padecer, hijo querido.

—No te aflijas, madre mia, que me entristeces.

Vallinieri se ausentó, Porcia cogió, para llevar consigo, todo aquello que pudiera serle necesario durante la fuga con su hijo, á quien asió de la mano para emprender la marcha.

—Una cosa se olvida, dijo Torcuato cuando ya estaba en la puerta.

—¿Qué, hijo mio?

—Las Bucólicas de Virgilio, que las he dejado sobre la mesa.

El niño se soltó de su madre, cogió el tomo, y tornó á reunirse con Porcia, la que á los pocos instantes se encontraba fuera de Sorrento.

Sola con un niño en el campo, sin

hallar quien la socorriese, y espuesta á los mayores peligros.... ¿qué hacer? ¿dónde buscar un refugio? No muy distante del lugar donde hacia estas reflexiones, habia un convento de frailes del orden de San Francisco; para llegar á él, solo habia que penetrar un bosque, atravesarle; pasar despues un puente-cillo de madera, y llegar á la cima de una colina, en la cual se hallaba situado el convento, y en cuyo campanario se distinguia la luz de un farol que guiaba al extraviado caminante. Porcia habia oido decir que en este convento existia un fraile franciscano, llamado Felix Peretti, cuyos actos de virtud eran contemplados con asombro en toda la Italia, y en su consecuencia, esta desconsolada madre, creyó encontrar en este venerable religioso el apoyo que exigia su triste posicion. Con efecto, al cabo de algun tiempo consigue subir hasta lo mas elevado de la colina, y llama á la porteria de aquel retirado asilo: abren, pregunta Porcia por el padre Felix Peretti, este aparece á poco rato, y enterándose de la desgracia de la esposa é hijo de Bernardo Tasso, no duda un instante en favorecerlos. Aquella noche, Porcia y Torcuato la pasaron en una ermita, situada á muy corta distancia del convento, y al siguiente dia al oscurecer, se presentó Peretti diciéndo á los fugitivos que todo estaba dispuesto para que llegasen hasta Pádua, sin que nadie interrumpiese su camino.

Porcia y Torcuato manifestaron al religioso su grande agradecimiento, y este por su parte alentó á la madre, dió buenos consejos al hijo, y separándose despues que enteró á los fugitivos, de lo que debian hacer hasta llegar á Pádua, punto en que residia Bernardo.

Llegaron á esta poblacion sin que les hubiese acontecido durante su tránsito nada que notarse deba. Bernardo abrazó con ternura y afecto á su muger y á su inocente Torcuato, y por espacio de bastante tiempo, vivieron en esta saludable armonia. Al lado de su padre cursó Torcuato la carrera de las leyes, con tan provechosos adelantos que á los 17 años de su edad, defendió conclusiones públicas de filosofia, de teología,

de derecho civil y canónico, con aplauso general. Dos años despues dió á luz el primer ensayo de su númen poético con la publicacion de *Reynaldo*, y viendo la buena acogida que mereció, concibió el grandioso pensamiento de su *Jerusalén libertada*; mas al tiempo de ponerle en práctica, tuvo el sentimiento de perder á sus amados padres, cuando escasamente contaba veinte años de edad.

El Tasso, de Pádua pasó á Bolonia, donde le dispensaron una acogida bastante singular; despues marchó á Paris, en cuya corte obtuvo favorables distinciones por parte de las personas mas distinguidas y aun por la del mismo monarca, el cual le llamaba el *Poeta Grande*. Luego se encaminó á Ferrara á instancias del conde Alfonso, y allí con nuevo ardor escribió algunas composiciones, entre las cuales contamos el drama pastoral de *Aminta* por el que tan justos elogios le prodigaron, y concluyó su *Jerusalén libertada*.

En este tiempo tuvo el Tasso la desgracia de enamorarse de Leonor, hermana del duque Alfonso, jóven apreciable por su hermosura y por las dotes morales que la distinguian: mas este secreto amor, le confió el Tasso á un caballero de Ferrara que abusando de esta revelacion la participó á diferentes personas para que llegase á oídos de Alfonso. Supo Torcuato la infidelidad de su falso amigo, y encontrándole un dia en uno de los salones del palacio del duque, le detuvo y le dijo:

—Caballero, tengo que hablaros.

—¿Qué tiene que decirme el poeta?

—¿Que sois un mal caballero! ¡que habeis abusado de un secreto que neciamente os confié, y que sois indigno de alternar con los hombres de pundo-nor!

—Debo reirme, amigo Torcuato, repuso el otro aparentando serenidad; veo que las musas os han trastornado el juicio, y que debo despreciar vuestros insultos.... Adios, Torcuato.

Torcuato no se pudo dominar en este instante y asiendo á su adversario por un brazo le detuvo y dijo:

—Conque despreciais mis justas convenciones, ¿no es verdad? Pues en-

tonces buscaré otro medio para obligaros á mirar este asunto como debe mirarse.

Y levantando la mano prosiguió:

—¡Tomad!

Descargando en la megilla de su contrario un fuerte bofetón.

El caballero que de tal manera sintió

ultrajado su amor propio, desnudó la espada, y con ademanes y voces descomulgadas desafió á Torcuato, á cuyo estrépito acudieron un consejero del duque, Leonor y su dama de honor, y todos á la vez procuraron evitar la desgracia que amenazaba aquella imprevista escena.



Aunque en aquel instante respetaron el palacio del duque, el Tasso y el caballero de Ferrara aplazaron el duelo para aquella misma noche; el poeta de Sorrento acudió al punto de la cita, y esperó con impaciencia á su enemigo;

mas cuál sería su sorpresa al ver que tres hermanos que tenía el ferrarense venían también al campo del duelo para auxiliar á este, pero el Tasso aun cuando conoció la superioridad de fuerzas contó con su valor, logrando defen-

derse con tal arrojo y serenidad que hirió á dos de ellos, antes que hubiera acudido gente para evitar que el duelo prosiguiera.

A consecuencia de este suceso, el duque dispuso, que el poeta fuese puesto en estrecha prision, lo que se llevó á efecto con la mayor prontitud. Torcuato al verse incomunicado en un lóbrego calabozo; comenzó á sentir que su cerebro se debilitaba, apoderándose de su alma una estremada melancolia que le condujo casi al estado de la demencia. Leonor y varios amigos de Torcuato abrieron con llave de oro las puertas de su prision, burlando la vigilancia de los que le custodiaban, y sin dinero ni equipage, marchó con direccion á Turin, donde permaneció oculto por espacio de algun tiempo, bajo un nombre supuesto. El pobre poeta le parecia ver por todas partes, enemigos que querian envenenarle, y perseguido de tan menlancólicos pensamientos, salió de Turin encaminándose hácia Roma, donde creyó encontrar menos personas, que conspirasen contra su existencia. Sin embargo, poco tiempo permaneció tambien en la metrópoli del mundo cristiano, concibiendo la idea de volver á Sorrento su patria, donde vivia una hermana á quien quiso abrazar, sin acordarse que penetraba en un pais donde su cabeza corria gran peligro. Con todo, disfrazándose de aldeano, emprendió la marcha; pero su natural reconocimiento y cierto recuerdo de su niñez, le obligaron á pasar antes por el convento franciscano, que proporcionó un asilo á su madre, y un recurso para ponerse á salvo del grande peligro que corria. Entra, pues, en el convento, y pregunta por el padre Felix Peretti.

—¿Por quien preguntais? díjole con admiracion un fraile.

—¿No lo habeis oído? repuso Torcuato, pregunto por el benéfico padre Peretti, que hace veinte y cuatro años favoreció á una pobre madre que venia con un hijo suyo sentenciado á muerte.

—El padre Peretti... es verdad: vos sois Torcuato hijo de Bernardo. El padre Peretti no existe en el convento.

—¿Cómo! ¿Ha fallecido?

—No, hermano; es el que hoy ocupa en Roma la silla de San Pedro, con el nombre de Sixto V.

—¿Conque el padre Felix Peretti es hoy gefe del mundo cristiano?

—Sí; y Torcuato Tasso, el primer poeta de su siglo.

Torcuato se despidió, emprendió de nuevo su camino y entró en Sorrento ya bastante anochecido, y sin pérdida de tiempo, se presentó á su hermana, á la cual halló conversando con un soldado que le faltaba la mano izquierda.

—¡Torcuato! ¡hermano mio! exclamó la hermana al reconocerle precipitándose en sus brazos.

El Tasso, recelando de todo el mundo, y no conociendo á aquel hombre mutilado preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—Un alojado, hermano Torcuato, y de que no debes recelar: me está refiriendo sus aventuras, y por cierto que me han enternecido.

El manco se puso de pié, y aproximándose al Tasso, alargó su única mano diciendo:

—No me negueis el gusto, caballero, de que vuestra mano se junte con la mia, ya que una estraña casualidad me hizo conocer al eminente autor del drama pastoral de *Aminta*.

—¿Sois poeta? preguntó el Tasso alargando su mano.

—Tengo cariño á las musas.

—¿Cómo os llamais?

—Migue! Cervantes.

—¿Dónde habeis perdido esa mano?

—En la famosa batalla de Lepanto,

—¿A dónde caminais?

—A Madrid.

—¿Sois español?

—Sí, amigo Torcuato.

Los dos genios cenaron juntos aquella noche, y mutuamente se refirieron sus aventuras. Pocos días despues se despidieron; Cervantes para caer en poder de un corsario, y el Tasso para volver á Ferrara, donde le llamaron con instancias, acaso para acabar con su vida. Las ideas tétricas, no abandonaron á nuestro poeta, de suerte que al llegar á Roma, se sintió acometido por una fuerte enfermedad, acompañada de un

obstinado delirio; pero apenas logró restablecerse, cuando la fuerza de su demencia, le hizo ponerse en marcha hácia Ferrara, entrando en fin en el palacio del duque, flaco, amarillo, frunciendo el entrecejo y derrotado, precisamente en los momentos en que el duque celebraba sus bodas con Margarita. Las apariencias del poeta, confirmaron las noticias de su locura, que antes se habían recibido, y en vez de inspirar compasión su estado de demencia, fué recibido con mofa y risotadas, por todos los cortesanos. Resentido Torcuato no pudo contener su justa indigna-

ción, y prorumpió, primero en quejas y después en insultantes reconvencciones contra el duque, el cual llamó á su guardia y mandó que le condujesen al hospital de locos de santa Ana, en cuyo triste encierro permaneció por espacio de siete años. A fin de probar la inexactitud de su locura, durante el largo periodo de su prision se puso á limar su *Jerusalén libertada*, y en una de aquellas noches que se ocupaba en esta larga y prolija tarea, le entregaron una carta, que su hermana recibió en Sorrento, cuyo sobre decía: «*Al eminente poeta, Torcuato Tasso.*»



El poeta de Sorrento, abrió la carta y leyó que decía á sí.

«Argamasilla 22 de noviembre de 1582.»

«Estimado amigo y compañero de fortuna en este mundo de delicias: no bien estrechásteis por última vez esta única mano, que el cielo me dejó, cuando partí para Nápoles, y embarcándome en la galera Sol para venir á España, me hicieron cautivo del corsario moro Arnaut Mami, que sin perder tiempo me condujo á Argel: he conocido diferentes dueños, y todos ellos me han dejado buenos recuerdos.

Al fin obtuve la libertad, y habiendo llegado á España, mas dichoso que vos en achaques de amorios, tuve la fortuna de ser correspondido en los afectos que profesaba á doña Catalina de Salazar y Palacios. Creyendo que las musas me serian favorables, he publicado una obra intitulada *Galatea*, que por cierto me ha dado mas sinsabores que reputacion y dinero.

Por último, como quiera que el cielo tendiese sobre mí una mirada de misericordia, me proporcionó un medio de ganar algunos escudos, encargándome del cobro de los impuestos que

adeudaban al estado varios habitantes del pueblo de Argamasilla, en la Mancha; pero tan perfectamente he cumplido el desempeño de mi encargo, que á la hora en que os escribo la presente, me hallo en la cárcel; donde mato el tiempo escribiendo una obra que quiero sea chistosa, intitulada *Don Quijote de la Mancha, ó el Caballero de la triste figura*. Ignoro cuando saldré de este encierro; pero mientras, deseo saber de vuestra salud y de la de vuestra apreciable hermana.—Siempre será vuestro amigo y admirador.—*Miguel de Cervantes Saavedra.*

—No hay duda, dijo Tasso, que es bastante análoga la posición en que por desgracia nos encontramos. El escribe inocente en una cárcel, su Quijote, yo en un hospital de locos, corrijo cuerdo mi *Jerusalén*.

A esta estraña coincidencia se concretó la respuesta del Tasso á Cervantes.

Por fin el poeta de Sorrento, salió de su encierro y partió precipitado de un país que tan funesta suerte le proporcionó: en seguida pasó á Mantua, luego á Nápoles, donde disfrutó de alguna tranquilidad al lado del duque de Florencia. Empezó la obra de su *Jerusalén conquistada*, inferior en mu-

cho á la *Libertada*, y por fin de su carrera compuso en verso suelto, el *Mondo creato*, donde resplandece su vasta erudición.

A instancias del cardenal Aldobrandini, pasó á la capital del mundo cristiano, en cuya población le dieron la favorable noticia de que el sumo pontífice acababa de premiar sus talentos, concediéndole la honrosa corona de laurel; pero desafortunadamente, cayó enfermo de suma gravedad, y vaticinando su último fin, pidió con fervor que le llevaran al convento de San Onofre para acabar sus días, cuya petición le fué instantáneamente concedida.

En la madrugada del día 15 de abril de 1595, estaba el cardenal Aldobrandini, sentado á la cabecera de su cama, y describiéndole lleno de entusiasmo los preparativos que se estaban haciendo para el acto de su coronación; mas advirtiéndole Torcuato no respondía á nada de cuanto le hablaba, se acercó á observarle, creyéndole dormido; pero el cardenal retrocedió con las manos puestas en la frente, y diciendo á gritos:

—¡El poeta de Sorrento, el autor de la *Jerusalén libertada*, mora en la eternidad!

Y. A. BERMEJO.

LA INOCENCIA ERRANTE Y COMBATIDA.



NOVELA INFANTIL.

I.

No hace muchos días que deseoso de dar un paseo, salí á dar una vuelta por la plaza de Oriente: á pesar de lo calmoso de la estación, disfruté de una tarde benigna, en la que un cefirillo suave embalsamaba aquel animado recinto, con los encantadores perfumes de las olorosas plantas, cuyas flores no han secado aun los ardientes rayos del sol.

Cuadro á la verdad bastante animado fué el que se presentó á mis ojos. Aquí los omnibus, cochecitos y carretelas, donde los niños pasean con estremo gozo: allí la gran rueda de las niñas que á compas de una canción, dan milares de vueltas bajo la dirección de aquella que por su edad ú otra circunstancia del juego, vé como presidenta andar la rueda colocada en medio del círculo: mas allá, y en distintas direcciones, inocentes de ambos sexos, jue-

gan al volante ó marchan en caballos de madera... pero es lo mas triste, que muchas de estas candidas criaturas se hallan espuestas á una infinidad de peligros, porque confiadas á las niñas, estas, en vez de atender y cuidar de estos angelitos, comienzan con gritos y algazara, bien con soldados, ó bien con esta especie de zascandiles, barbilampiños que se anticipan á hacer lo que los demas jóvenes hacen. Si el niño ó la niña casualmente se aproxima á la niña en demanda de algun objeto que necesita, escucha del soldado palabras feas y descompuestas, y de aquella risotadas ó una contestacion áspera y desabrida al inocentuelo que ha llegado á interrumpirla. Padres, que confiáis vuestro mas querido tesoro á este género de sirvientes, lo que aquí manifiesto lo tengo observado con sobrada detencion; mas si en mi no confiáis, yo os ruego que os aproximéis á la plaza de Oriente, y quedareis convencidos de mi benéfica observacion. Las consecuencias que trae consigo este indolente descuido son fáciles de conocer, pues esa flor naciente y pura que con tantos desvelos cultivais, suele quedar inútil para toda su vida, acaso por la criminal indolencia de un criado, que contempla á vuestros hijos, como otro mueble cualquiera que le mandan trasportar de un lugar á otro. Innumerables egemplos pudiera citaros de lo que digo; pero son harto conocidos para que me detenga en referirlos, ademas cuando trato abreviar esta especie de introduccion.

Para contemplar este cuadro, me habia sentado; pero queriendo dirigirme á otra parte me levanté del asiento, saqué mi pañuelo y sacudí el polvo á mi sombrero, y poniéndome en marcha oí una dulcecita voz que me dijo:

—¡Caballero, caballero!

Volvi la cara, y vi una hermosa niña que bañada en sudor me presentaba unos papeles.

—¿Qué quiere vd. madamita? la dije.

—Dar á vd. este legajo de papel que se le ha caído á tiempo que sacaba su pañuelo del bolsillo.

—Mil gracias, señorita.

—Servir á vd. caballero, repuso la

niña haciéndome una graciosa reverencia.

Los esbeltos y distinguidos ademanes de esta niña, me hicieron conocer bien pronto su natural despejo, y deseoso de hablarla mas la pregunté:

—¿Cómo se llama vd., hija mia?

—Isabel, para lo que vd. guste mandar.

—¿Y ha venido vd. á Oriente con la niña?

—No señor, he venido con el abuelito, que es ese caballero que tiene vd. á su derecha.

Con efecto, volví la cara y vi á un anciano que modestamente sonreía, á mi ver regocijado con la viveza y graciosa desenvoltura de su nieta. Trapé conversacion con el respetable abuelo, y este me hizo conocer mas á fondo, por las esplicaciones que me dió, de los demas encantos de Isabel, y por último, me preguntó si los papeles que se me habian caído, eran de grande interés.

—Es un artículo, le contesté, que anoche escribí para el *Museo de los niños*, el que no tendria inconveniente en leer á la niña, dado caso que no la distrajesen mas el juego.

—No señor, repuso Isabel dando un salto y sentándose sobre las rodillas de su abuelo, y pasando su bracito izquierdo por el cuello del anciano, para apoyarse mejor. A mí me gusta mucho oír leer.

En vista de una actitud tan cariñosa y conociendo las buenas inclinaciones que revelaban los deseos de la niña, abrí mis cuartillas y di principio á la siguiente lectura.

«¡Pobre Doroteo! Miradle sentado en una silla y en un rincon de su casa, haciendo en su desesperacion las siguientes reflexiones:

—¿Quién soy yo? Doroteo, un pobre hombre: honrado; militar cubierto de honrosas cicatrices; lleno de condecoraciones, teniente del regimiento de guardias españolas; pero... sin pan para mi muger enferma y una niña de ocho años. ¿Debo robar? no. ¿Debo consentir que muera de hambre mi desgraciada familia? tampoco. ¿Qué debo hacer?

A este tiempo se aproximó Marina dando saltos, y habiendo visto á su padre en aquella actitud, quedó repentinamente parada, y cruzando sus manecitas le estuvo contemplando un corto momento, mas al fin se fué acercando poco á poco hasta ponerse á su lado, pero sin atreverse á decirle una palabra.

—Papá, dijo al fin inclinando graciosamente su cabecita y dirigiéndole una tierna mirada.

—¿Qué quieres, hija mia? respondió Doroteo despues de haber lanzado un suspiro y estrechando á la niña su esbelta cinturita.

Marina que se vió de este modo contestada cobró ánimo, y acariciando el espeso bigote de su padre continuó.

—Tengo un sentimiento. ¿No sabes lo que ha pasado?

—No, hija del alma.

—Se ha muerto el gilguero: mamá como estaba mala no pudo echarle alpiste, ni ponerle agua, y hoy le he encontrado muerto... Y habrá muerto de hambre, ¿es verdad? qué cosa tan horroroso debe ser morirse de hambre.... Mira, papá, no te olvides tú nunca de darnos de comer todos los dias, porque sino moriremos como el gilguero.

El antiguo guardia español bajó la cabeza y comenzó á llorar, y despues de haberse enjugado las lágrimas con la falda del vestido de la niña, estampó un ardiente beso en su sonrosada mejilla y se levantó.

—Voy á buscarte que comer, dijo.

Y se encaminó á la estancia de la enferma, llevando á Marina de la mano.

—¿Cómo te sientes, Ursula?

—Un poquito mejor, contestó la buena esposa disimulando sus dolencias. ¿Qué piensas hacer? prosiguió, ¿no quieres tomar el consejo que te doy?

—¿Cuál? ¿demandar la caridad de mi hermano?

—Sí; le has molestado bien poco, y tal vez se conduela de nuestra pobre situación y te socorra.

—¿Si vieras cuanto me repugna dar ese paso! ¿Condolerse mi hermano de nuestra misera situación! Ursula; ¿presumes que mi hermano pueda con-

larse de nosotros? ¿No le conoces todavía? ¿Dudas aun el estremo fatal de su avaricia? ¿Qué hermano por malo que fuera, que gozase de una posición como la suya, aun por su propio decoro, consentiria que ningun pariente suyo mendigase! Mi hermano es una fiera, un hipócrita dominado de la avaricia que nos verá perecer sin tendernos una mano bienhechora! Para que acabes de comprender quien es mi hermano, oye la carta que mi madre me remite.

«Querido Doroteo: desde ayer estoy en cama y creo que no volveré á levantarme: ruega por la salud de tu pobre madre que padece fisica y moralmente del modo mas inesplicable. Sabedor tu hermano Remigio de los frecuentes socorros que os daba, me ha quitado el manejo interior de la casa, de modo que nada absolutamente os puedo mandar. Sin embargo, tengo escondido debajo de mi almohada, cierto obsequio que pretendo recibais por mano de mi nieta Marina, á quien deseo ver hoy mismo, por lo cual suplico que me la mandeis desde la una á las tres del dia de hoy, hora en que tu hermano Remigio no está en casa.—Tu madre Ana.»

—¡Ay! exclamó la niña con regocijo, ¡me manda llamar abuelita! Yo quiero ir... yo quiero verla, sí, papá, déjame que vaya, que la pobre está malita y se pone mejor cuando me vé.

—A la una iras, hija mia, repuso el padre pasando la mano por el rostro de la inocente.

Y dirigiéndose despues á la enferma continuó:

—Sin embargo de lo que acabo de leerte, pienso darte gusto, querida Ursula; pero será en último resultado, porque antes de dar ese paso que me es tan violento, pretendo ver al habilitado por si quiere darme alguna cantidad á cuenta de mis atrasos.

Y dando un beso en la pálida frente de su esposa, cogió el sombrero y salió á la calle; mas dejemos caminar al pobre Doroteo á la casa de su habilitado y veamos lo que hace Marina, que impaciente aguarda que suene la campanada de la una para marchar en busca de su abuela Ana que la manda llamar.

—Pero, mamá, dice la niña, ¿vas á

quedarte sola? Yo que mientras papá no está en casa soy tu enfermera, quien...

—Eso no te detenga: nada tienes que darme hoy, porque ni un puchero tenemos para sacar una taza de caldo.

Marina al escuchar esta frase quedó gran rato triste y pensativa, y sin responder á su madre se fué á la inmediata pieza, donde tambien estuvo mucho tiempo parada y sumergida en sus cándidos y benéficos pensamientos.

—¡Pobre mamá, enfermita y sin alimentos!... ¿Qué debo hacer?

Había en aquella habitacion colgado en la pared un cuadro con una mugrienta estampa, que representaba la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, ante la cual se postró Marina, y cruzando sus manecitas, é inclinando su cabeza hácia un lado, miraba con dolida á la Virgen, y con estremada candidez la hacia esta triste y sentimental reconvenccion:

—Señora mia: yo que te rezo todas las noches para que alivies los infortunios de mis padres, ¿es posible que esté mi mamá malita en la cama, sin que la des una tacita de caldo? Conduélete de mi pobre mamaita.

De repente se levantó acaso inspirada por un pensamiento que su inocente ruego le trajo á su mente. Y en efecto, encaminándose á la puerta de la escalera quiso levantar el pestillo para abrirla y salir; mas viendo que no alcanzaba al pestillo, trajo una silla, la arrimó contra la puerta y subió, y la maniobra que poco antes se le habia presentado tan difícil fué ejecutada ahora con entera facilidad. ¡Qué alegría! Ya está Marina subiendo precipitada los escalones que conducen á la bohardilla en la cual habita una planchadora de ropa blanca llamada Blasa, y á la cual se ha presentado Marina sollozando y diciendo:

—Señora Blasa, mi pobrecita mamá...

Y la niña no pudo proseguir porque el llanto se lo impidió, mas últimamente Blasa, despues que logró tranquilizarla, comprendió lo que la inocente pedia... —Sí, sí, una taza de caldo para tu enferma mamá.

Muy poco tiempo transcurrió y ya

Ursula tomaba el caldo á las reiteradas instancias de la planchadora y á las de Marina, y ocioso parece manifestar el agradecimiento de la enferma hácia esta caritativa muger.

Dióla una y Marina miró á su madre, la que al punto comprendió lo que queria decir esta mirada, y la buena planchadora se brindó á llevar á la niña en casa de su abuelita, y volver en seguida al cuidado de la paciente. Marina sale á la calle, y acompañada de Blasa llega al parage que tanto habia deseado, y despues de haberse despedido y dado las gracias á su amable acompañante, entra corriendo por la casa de su tío y no cesa de correr hasta llegar á la habitacion de su madre Ana, á la que halló acostada.

—Buenos dias, madre Ana, dice encaramándose en la cama, y besando el arrugado rostro de la anciana.

Esta recibe á su nieta con iguales demostraciones de afecto, y sin perder tiempo pregunta á la niña por su hijo Doroteo y su esposa, á cuya pregunta contesta Marina refiriendo lo que pasaba, lo cual no pudo escuchar la anciana sin derramar abundantes lágrimas. En este momento se acerca una criada con un vestido blanco y un corpiño de terciopelo, y algunos otros efectos.

—Baja, hija mia, dice Ana, y déjate poner lo que trae mi criada. Al cabo de un rato Marina se halló vestida, é impaciente por ver su ropa marchó con la criada á la sala principal, y mirándose al espejo comenzó á dar saltos diciendo llena de gozo:

—¡Qué linda estoy, Dios mio! Cuando papá me vea tan bonita, con mis zapatos verdes, mis pantaloncitos blancos, mi trage, mi corpiño... ¡Oh! qué buena es mi abuelita!

Y seguidamente corrió á darla otro beso... Mas ¡oh! fatalidad. Remigio el avaro, entra en este instante y lo comprende todo al primer golpe de vista, y con los ojos echando fuego, el pelo encrespado, y temblando de rabia, se aproxima al lecho de la anciana y la dice:

—¿Cuántas veces tengo dicho á vd. que no quiero en mi casa á ningún pariente?

Marina al ver el tono y ademan amenazante de su tío, prorumpió en un llanto desconsolador, y estrechando con sus bracitos la cintura de Remigio esclama:

—Por Dios, tío Remigio, no haga vd. daño á mi pobre abuelita que está enferma.

—Ya podía haberse muerto, contestó entre dientes.



—Sáciate, hijo mío, dijo la pobre madre con voz apagada. ¿Quién dirá que eres, hijo mío?

—Vd. quiere arruinarme: Vd. quiere sostener á mi hermano Doroteo con los bienes que á costa de infinitos sacrificios he logrado juntar. ¿A qué mi hermano fué calavera en su juventud y prefirió la carrera de las armas?

—Dios le llamó por ese camino y ha sido un valiente militar: si la patria ha premiado mal sus servicios....

—Siempre con sus servicios: bastante se ha divertido en este mundo: pague su culpa.

Después cogió á la niña de la mano y con rostro infernal la dijo:

—Entrégame, rapazuela zalamera,

el dinero que te haya dado mi madre.

—No me ha dado dinero ninguno, tío Remigio, respondió la niña temblando.

—No maltrates á mi nieta; por la Virgen te lo pido. No hagas sufrir á esa inocente, que no le ha dado dinero ninguno, porque no ha habido tiempo para ello.

—Luego ya estaba preparado el agasajo, ¿no es verdad?

Y diciendo esto, dió un violento empuje á Marina y levantando el almohadon que sostenia á la anciana halló envueltas en un papel unas cuantas monedas de plata.

—Todos me roban en esta casa y has-ta mi madre.

Y volviendo á coger á la niña por un brazo con la mayor irascibilidad la condujo casi á rastra hasta la puerta, y poniéndola en la escalera allí la dejó sola y llorando: cerró con violencia y entró en su despacho bufando y maldiciendo á su familia.

La niña al verse sola y no sabiendo dirigirse á su casa, lloró todavía con mayor desconsuelo, y llegando al portal vió á un sacerdote que pasaba, al cual llamó sollozando:

—¿Qué quieres, pobre niña? ¿Por qué lloras?

Marina refirió al sacerdote cuanto acababa de sucederle, y enterado de las señas de su domicilio la condujo á él sin detencion alguna. Visitó á la enferma, y condolido de su situacion la socorrió con mano pródiga, ausentándose despues de haber besado cariñosamente á Marina.

Al poco tiempo entró Doroteo, al cual abrió la puerta Blasa la planchadora, pero el teniente de guardias españolas venia muy contento, y sin reparar en la persona que le abría, marchó al cuarto de la doliente muger para hacerla partícipe de su regocijo.

—Querida esposa, dijo despues de haberla besado. He tenido un encuentro feliz.

—¿A quién has encontrado?

—Al brigadier don Lázaro. Le manifesté mi posicion y despues de haberme ofrecido que pronto seria colocado en un regimiento, echó mano á su

cartera y me dió estos dos billetes de á mil reales cada uno, diciendo que me comprara el uniforme. Hija mia, prosiguió, abrazando á Marina: ya tienes pan que comer; ya no morirás de hambre como tu gilguero.... Pero ¿qué tienes? ¿Por qué has llorado? Si has hecho alguna travesura, dila, que te la perdono.... Mas ¿qué veo? ¿Vuelves á llorar?

Doroteo pidió energicamente que le aclarasen aquel misterio y fué preciso contárselo todo. La cólera del militar llegó á su colmo, y volviendo á coger su sombrero marchó indignado en casa de su hermano. Llama, le abren.

—¿Está Remigio? preguntó al criado.

—No señor.

Doroteo comprendió que se negaba y resueltamente contestó:

—Bien está; le esperaré.

Y entró en el recibimiento; pero mientras colocaba el sombrero en una silla vió atravesar por una puerta á su hermano Remigio vestido de bata y voló en su seguimiento. Remigio era tan cobarde como avaro, y al ver llegar á su hermano se puso á temblar.

—Usurero de Satanás, exclamó Doroteo cogiéndole por el cuello de la bata, ¿por qué has tratado á mi hija de un modo tan cruel?

—¡Bruto, bruto, que me ahogas! ¡no aprietes; no me ahogues que soy tu hermano!

—¡Miserable! tú no eres mi hermano; tu eres hijo de alguna hiena.

—Suéltame, que voy á darte un par de reales para que coma hoy á mi salud.

—Guarda tus dos reales, infame....

Y en sabiendo que otra vez usas de tan bruscos modales con mi hija te tiro por un balcon á la calle. Y le soltó.

—Bueno, hombre: lo que tú quieras, pero los niños suelen siempre decir mas... es decir exageran... porque yo... pues... ella... ya me entiendes, quiso irse, no quiso que yo la acompañara.... vamos y....

—¡Miserable! ¿cómo tiembles! Si alguien me dijera que no eras mi hermano te mataba ahora mismo. Voy á ver á madre.

—¡Jesús! que hermano tengo tan bestia, dijo Remigio volviendo á entrar en su despacho. Pero queriendo saber lo

que decia á su madre, se fué por habitaciones ocultas, hasta llegar á situarse detras de una puerta, desde donde podia escucharlo todo, y oyó lo siguiente.

—Madre, ya no soy tan pobre como antes era, y así no puedo consentir que habite vd. en la madriguera del tigre. Véngase vd. á mi casa, que aunque en ella no tenga mullidos colchones, ni cómodas butacas donde reposar, tendrá al menos el sincero afecto de sus hijos que procuren dulcificar

su existencia con sus tiernos cuidados.

—Si, querido Doroteo, repuso Ana enternecida, acepto la oferta que me haces, y en cuanto me restablezca un poco, marcharé sin detenerme en vuestra compañía.

Y Remigio que habia estado escuchando, salió de su escondite frotándose las manos y diciendo lleno de gozo:

—Gracias á Dios que ya me la quitan de encima.

(Se continuará.)

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

LA LECCION.

Vámonos á Brientz, poblacion perteneciente á Suiza, y veamos á una anciana que con el alfabeto sobre sus rodillas, pretende que su nieto vaya poco á poco nombrando las letras que contiene, pero el niño se obstina, y no quiere absolutamente conocer estos signos abstractos inventados para *pintar la palabra*. La abuela ha empleado con el rapaz todos los medios posibles para que el niño pronuncie las letras, bien animándole, bien acariciándole con ternura; mas al fin se ha llenado de indignacion al observar la rebeldia del inobediente rapazuelo. La anciana señala con una mano las letras del alfabeto, y con la otra, el objeto fatal conque ha de ser castigado, y el niño es necesario que escoja entre pronunciar la letra ó el castigo prometido; mas el nieto, frotándose con una mano la cabeza, y haciendo pucheros titubea, pues para él, esta es una cuestion tan grave como la impuesta por Hamlet: *To be or not To be* (¿Ser ó no ser!)

—¡Pronto, holgazan! esclamala abuela exasperada: la letra ó el castigo.

Mas ¡ay! no tanta severidad, abuela; para que el niño pronuncie la letra, es preciso que primeramente la vea, y eso es imposible, pues entre él y el alfabeto, se interponen mil imágenes que

se lo ocultan, como á vos la montaña, el valle inmediato.

En primer lugar, abuela, el perro del vecino, Oberon, sobre el cual se monta Fritz como en un caballo, y el que suspira dulcemente á la puerta llamando á su compañero.

Hay además un serval plantado cerca del pozo, que se apercibe á través de los cristales, cuyos granos encarnados son para Fritz collares de coral, brazaletes y coronas.

Tambien oye que pia un pequeño gorrioncillo, á quien ha dejado un poco de pan mojado en agua para que coma; pero como no sabe hacerlo todavía, espera á Fritz con el pico abierto, y el niño quiere darles su ordinario sustento.

En fin, hay en las hendiduras de las viejas tapias del patio, un considerable numero de matitas de reseda, cuyo perfume embalsama la habitacion donde se hallan la maestra y el discipulo, y el niño se ha entretenido en hacer un ramo de aquella olorosa flor.

¡Y cuantas otras muchas cosas hay, abuela, que lisongean al niño mas que la leccion! El viento que deshace y estiende los pliegues de vuestra manga; el piar de las golondrinas que tienen su nido en lo alto de la chimenea; quitad de la mente de Fritz, todos estos objetos, y verá las letras, y las pronunciara.

Ademas, el niño tiene siempre el instinto del camino que debe frecuentar. La primera ensenanza, es el prin-

cipio de sus largos esfuerzos, de sus luchas constantes y encarnizadas, y una vez que ha penetrado por este carril, el niño, deja de serlo ya, es un estudiante que da los primeros pasos en la azarosa carrera del hombre.

Una madre, se esforzaba cierto día delante de nosotros, en dar la primera lección de leer á su hijo: mostrábele el alfabeto, le nombraba los caracteres impresos, queriendo que el niño los repetiera; mas este guardaba silencio.

—Di algunas letras y te irás á jugar, decia la madre.

Y el niño movia la cabeza en señal de disgusto.

—Vamos, nada mas que una letra, proseguía el amable profesor; una sola.... la primera: ven, di conmigo: á

—No, murmuraba el niño, precisa-

mente la á, es la letra que yo no quiero decir.

—¿Por qué?

—¡Porque despues de la á sigue la b!

Con todos hablo ahora, grandes ó pequeños, doctos ó ignorantes: he aquí en efecto la flaqueza humana. Despues que se ha hecho una conquista en la inteligencia, se presenta otra acaso mas vasta y difícil: cuanto mas adelantamos, el horizonte retrocede á la vez, y llegamos hasta desesperarnos al reflexionar nuestra impotencia en la carrera del saber humano. Sin embargo, es preciso caminar, la conciencia lo dispone así, y quiere ser obedecida, sometámonos á ella, y esperemos, pues la recompensa suele ser comparativa á lo que se adelanta.

